REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica **1934** Sábado 7 de Abril — Núm. 13

Año XV. No. 677

SUMARIO

Del libro "El Cristal Indígena"

= En prensa. Por la *Editorial América*. Quito, Ecuador. *Envío del autor.* =

1.—RETRATO DE ESPEJO

El retrato literario ha querido relacionar las facciones físicas con las del espíritu y a tal compenetración se refirieron quienes trataron de definirlo o explicarlo. El retrato literario ha de construirse en todo el espacio de la exploración biográfica, y como en la desigualdad armónica de la iconografía no será el mismo, exactamente, en todos los lienzos, el semblante buscado. Demorará con sus rasgos dominantes, pero la variedad de la existencia ha de ir reflejándose en cada nuevo cuadro y ya no aquí de manera semejante a la de la creación pictórica, sino más bien en el escorzo del episodio, del hecho, de la realidad.

Mayor empeño el del retrato literario que persigue la estatura del espíritu. En el fotográfico ha de conseguirse, en la medida relativa que podría ser dilucidada por los matemáticos, la figura equivalente para la dimensión del cuadro. De la justeza del primero responderá la graduación del foco anímico, pero el proceso penetrativo no terminará ni en donde comiencen los más hondos secretos de una "vida". Al contrario, allí se han de iniciar el golpe adivinador o la seguridad tacteante del buceo.

El retrato literario, tal como ha sido comprendido en los días actuales, ya no figurado en un solo plano, aun cuando dispusiese de la gracia de la figura por la "plasticidad", aun cuando fuese un retrato de los llamados escultóricos, no ha de contentar al biógrafo con su posición inmóvil, dotada sin embargo de la viveza que nos llamaría con la actitud en la cual se ha quedado, hablándonos desde el recuerdo de su resurrecta imagen. Pretende hoy el observador de una vida que la figura se anime y emprenda, de nuevo, en sus antiguas jornadas y no solamente en las que aparecieron más nítidas y claras frente a la espectación de la mayoría, sino de aquellas que pudieron escaparse. Así se volcaría la fiebre miguelangelesca sobre la cabeza marmórea, de magnífica expresión, pero carente de la virtud arrebatadora de la palabra.

El Dr. don *Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo*. Oleo que se conserva en la Biblioteca Municipal de Quito. Por *César A. Villacreses.*

Para reconstruir el retrato de Espejo, se acudió a los datos consignados en su filiación, cuando se le perseguía por orden del Gobierno: "De estatura regular, largo de cara, nariz larga, color moreno y en el lado izquierdo del rostro un hoyo bien visible".

Estos datos han sido recogidos por cuantos quisieron trasladar al lienzo la imagen del tardío huésped de la primera biblioteca de Quito, pero resultan incompletos y pobres de no penetrarse, integralmente, en su vida. El mismo ha recordado, como si hubiese dispuesto de un espejo permanente, cómo cambiaban de fulgor y de vivacidad sus ojos inquisidores y cómo se le ponía el rostro sucesivamente silencioso y animado.

Cabello lacio, cortado a la usanza de la época, en recta melena de reciedumbre de azabache, sombreábale en el rostro de oscuro tono, casi enjuto, agudo por el desarrollo de los pómulos e iluminado, arriba, por los ojos quietos o móviles, pequeños, recelosos, alternativamente tristes y burlones. En ellos la pupila negrísima parecía fijar en la meditación el trazo del surco enérgico de la frente combada y abierta y el duro entrecejo podía responder a la severidad de su continente o al sentido de su azoramiento equívoco. En el rostro largo, la naríz erásmica, de ángulo pronunciado, como en capacidad constante de olfatear y bajo la boca larga, de labios desiguales, predispuestos contrariamente para la injuria o la sonrisa, el mentón hoyuelado y no en línea de dulzura, sino más bien como en el camino para la evasiva del discurso, como en la ruta breve que se trazó en muchas veces en los rostros de los ironistas, así para los ácidos de Voltaire como para el helado sedimento de la charla rabelesiana...

El ojillo de fulgor curioso estaba como pronto a disparar la flecha crítica hacia las imperfecciones que reparaba o, retrayéndose, daba quizá en el propio blanco de su inconformidad. El pómulo, acusado de fuerza, rebrillaba en la broncínea forma de la tez, aprestándose al combate y el labio inferior, desdeñoso, resaltando en la móvil apretura de la boca, guardaba la palabra o parecía elaborarla, pero con matices de premeditación y de audacia...

¿Serenidad o inquietud en la figura total? El mismo nos ha revelado, en varias de sus páginas, el rumbo dúplice de su ánimo y ya se le reconocería en

algo, cuando se trató, en su tiempo, de definirle con esa frase dual: "serenidad en el rostro y tempestades en el corazón". De "regular estatura", iríase por los caminos del diociochesco San Francisco de Quito, a merced del demonio interior que le presionara o supiera remover en sus profundas, en sus confusas alegrías: cabizbajo de pesar casi rencoroso, ensimismado de pensamiento, ágil de novedades, girovago de indecisiones sobre el estepario de sus dudas, erguido de soberbia...

Paso inmesurado el del indio triste y fogoso, rostro de luz y sombra, desconfianza y ambición, garfio y laurel.

Nuestro pintor Villacreses, evocando su indumentaria, le ha visto sentado en su butaca de cuero, en la de sus días últimos, con vestidos coloniales: la levita, el chaleco encarnado, los puños amplios, la pechera de encaje, el calzón corto, abotonado en las extremidades.

Pero hay un retrato interior, de grandes revelaciones, por cuanto allí se vierte, con el acento del auto encomio, la declaración de sus caracteres íntimos. En **La Ciencia Blancardina** alude a Mera al autor de "El Nuevo Luciano" y le califica en los siguientes párrafos:

"Su estatura es regular y nada tiene de defectuosa. Su rostro, siendo serio, no es deforme, y en su fisonomía se reconoce que no es rudo; pero no manifiesta toda la viveza que interiormente le anima, y aunque le pone en una contínua acción que siempre le tiene inquieto. En sus ojos puede cualquiera engañarse; porque, pareciendo éstos marcados con el sello de la modestia, suelen ponerse demasiado caídos, o luego vivaces y movibles con ímpetu, según el humor que le domina. Cuando se presenta a cualquiera impone (sin querer), con gravedad natural; pero tratado con franqueza, se ve que es mucho lo que ríe a vista de todos, pero muchísimo más es lo que a sus solas se ríe; porque casi en todos los hombres halla con facilidad ese lado por el cual son más hombres, esto es, vestidos de más o menos ridiculeces; y sobre las suyas propias que ha podido conocer, él mismo no se perdona, se burla él mismo, y procura corregirse. Desde bien muchacho frecuentó, sin que aun supiesen su nombre, a algunas personas de crédito en la Provincia casi entera, y, oyendo sus proposiciones llenas las más de las veces de ignorancia y de satisfacción orgullosa, nunca los desestimó, y mucho menos descubrió a otros el defecto que padecían. Antes, de tales ejemplos sacaba motivos para ser exactísimo en su modo de pensar, y aun más en la expresión y en las citas. Como ha sido este su porte, ha logrado que todos los satisfechos y presumidos de doctos le tengan por estúpido, y aun le hayan comunicado especies muy mentirosas y muy surtidas de variedad, pero no ha sido de un carácter maligno que haya, con nuevas preguntas, obligado a estos doctos que profiriesen más desatinos. Ha quedado, sí, en semejantes ocasiones muy abochornado, como si él fuese el que había incurrido en aquellas culpas de amor propio. Habla poco, regularmente sin vivacidad, sin alegría, sin cultura y a veces tartamudeando. Con todo, cuando quiere decir, toma la tarabilla, y es conversación esparcida, festiva, y con su poquillo de sal. Es mucho lo que reflexiona y piensa, por lo que las más veces acierta en sus juicios y conjeturas; de suerte que, en los negocios no favorables, teme el meditar, por no anticiparse la noticia y el dolor de un suceso poco ventajoso o del todo adverso. Sus compañeros son: su Biblia, su Cicerón, su Virgilio y su Horacio, y con ellos pasa gustoso por donde le place. Su memoria es firme unas veces, otras veces ingrata, y aun tiene sus alternativas de muy feliz y de muy fácil, según las materias y los objetos. Debía llamarse monstruosa, porque tanto tiene de buena como de mala, aunque en los lances de honor ha sido fidelísima a su dueño, como se puede conjeturar por los lugares citados en el "Nuevo Luciano", en cuya formación casi no abrió un libro, y de muchas obras que había leído y citaba, no las tenía a mano ni podía probablemente conseguirlas. Concibe luego las ideas de cualquier objeto que se propone y las coloca sin ninguna confusión en su entendimiento, para sacarlas cuando le gusta sobre el papel. Así su modo de estudiar ha sido escribiendo siempre, y ha divertido su pluma en muchas disertaciones latinas y castellanas, y en algunas oraciones panegíricas que escribe con la mayor facilidad del mundo, y en el espacio de muy pocas horas. Con la misma ha compuesto algunas piezas en verso, y tiene aptitud para formar lo que en el lenguaje de los doctos se llama sátira y han sido del gusto del público. Su imaginativa también es variable y a veces es lánguida y poco limpia, por lo que, en esas ocasiones, está con ella de riña el entendimiento. Pero ha conocido por experiencia que no se puede saber si no se estudia con la pluma en la mano y ha hecho apuntamientos de buenas especies desde que en su menor edad leyó el consejo de Verulamio acerca de los libros en blanco. Para poder apuntar ha estudiado, algunos meses, cuando tuvo diez y seis años, hasta doce horas por día, diversas facultades; y haciendo memoria en la noche, de sus especies, hallaba distintamente conocidos y en su lugar los objetos. Mas, no duró mucho este género de estudio, porque es de naturaleza muy sensible, débil y delicada. Pero siempre su lectura es rapidísima y en breves horas acaba de leer cualquier volumen. Su pasión dominante es la lectura, y parece inurbano siempre que halla oportunamente algún libro, porque a él se tira. Ha leído los ajenos, y los suyos son escogidos en toda literatura.

"Si se le ha visto por parte del espíritu, míresele ahora por la parte del corazón. No deja de tener buenas cualidades de franqueza, de desinterés, de deseo de hacer el bien, y, sobre todo, del amor del bien común. Por eso, con el mayor disimulo, cuando ha hallado oportunidad, ha sugerido a muchos jóvenes el deseo de un mejorado estudio, el de la sabiduría; y les ha dado a conocer el uso y elección de las buenas obras. No encubre lo que es conducente a adelantamiento literario de alguno, con tal de que conozca la sinceridad y aplicación. Aborrece el orgullo y, mucho más, se ofende de que el necio le quiera persuadir que es hábil y el ignorante que es docto. Tiene muy pocos amigos que ha escogido, y hace por donde conservarlos con la fidelidad, gratitud y una estima verdaderamente cordial. Ni con ellos, ni con los demás quiere ser estimado por ingenioso ni por instruído, sino por un hombre de rectitud y de verdad, capaz sólo de no ser indigno de la sociedad. Desprecia el fausto y la gloria vana, y, aunque desea las alabanzas, quiere las de las gentes hábiles, de probidad y sinceras, que no tengan con él alguna conexión ni interés. A la edad de quince años deseó ardientemente ser conocido por bello espíritu, y aunque logró las celebridades de los jesuitas, el vulgo le despreció, por lo que, tomando opuestos dictámenes, se ocultó lo más que pudo, y así ha conseguido el arte de esconderse, de tal suerte que ha logrado ventajosísimamente que se piense muy mal de sus alcances, conocimientos y literatura. No envidia ni sabe hasta ahora cuál es la molestia que causa el escozor de pasión tan villana, y cuando ve buenos talentos, no sólo los estima, sino que se apasiona por ellos con demasiada vehemencia, y los acaricia, aun cuando en la conducta moral sean o díscolos o viciosos. Está contento con su fortuna, que siendo escasa no le aflige ni solicita, especialmente por caminos torcidos y de bajeza. Obra mejor, respeta a los superiores, pero si se ofrece hablar con ellos, les habla con modesto desembarazo, aquello que no quieren ni gustan oír. Hace mejor el negocio de los otros que el suyo propio. Nadie lo trata, que no lo quiera, y nadie comunica a quien no desea obligar y servir; tiene un solo lazarillo, perspicaz, vivo, inteligente, popular, amistoso y del trato común, que bebe en buenas fuentes y muy puras, la verdad de los hechos, y se los comunica fidelísimamente, y éste es, señores, el duende que, así dicen, está pintado con los colores de la vanidad y el amor propio; pueden echarle todo el lacre en un "mentís" encima y toda la tinta de la misma envidia, para que no aparezca ni su retrato. Pero él es duende a quien nadie le cogerá y si hubiese de decir de alguno alguna cosa, por envidia, lo hubiera hecho con libertad integérrima" (1).

Entonación clásica y sostenida la de su auto retrato, no predominantemente físico, sino más bien introspectivo. Ape-

(1) *La Ciencia Blancardina*, págs. 552-555

nas dice, como de adehala, algo de su estatura y de su rostro, y recarga, en cambio, la ponderación de las prendas de su carácter y de las de su poder mental. Habríale gustado la figura garrida, precaria pero atrayente para la vista que se paga de la gracia corpórea y privado de aquella quería mostrar la faz proteica o apasionada de su alma. Por tal manifestación Espejo se nos aparece romántico, aun cuando sepa levantarse, muchas veces, desde el fondo de sus deseos truncados. No se conmovería, bajo el miriñaque, la fronda sensible de la entraña criolla, cerca del imán de sus ojos. Faltábanle los perfiles de la perfección o de la simpatía másculas, pero en cambio había de triunfar su estructura espiritual sobre la felicidad anodina de los otros. ¿Cómo hubiera escrito el libro de su vida? Enfático tal vez como los de casi todos los hombres de pluma que suelen poblar sus soledades con la fantasía de los advenimientos amorosos, y no propiamente que hubiera querido dispersarse en capítulos de vaniloquio, sino perseverar en la interpretación de lo que pudo conseguir... Abandona por allí un episodio descabalado de su mocedad, proponiéndose completarlo más tarde. Pero involucra los deseos, y si el escozor de la zarza interna le lleva hacia la lucha, van marcándose, lentamente, en su rostro, las líneas de la fatiga. Se dijera que en sus labios se dibuja la forma del respiro colérico. No tendrá tiempo de buscar el parlamento elegante y quebradizo. En cada nuevo día se amarga más y parece diluirse la sonrisa bajo su ralo bigotillo de indígena...

Augusto Arias

El periodismo

Por MIGUEL SANTIAGO VALENCIA

= *Envío del autor.* Disertación hecha en la Universidad del Aire, de la Habana. Setiembre de 1933. =

(y 2.—*Véase la entrega No. 11 del tomo en curso*)

A partir del último cuarto del siglo XIX alargan los periódicos su radio de influencia con la multiplicación de sus lectores, magnifican su misión, intervienen en todas las manifestaciones de la inteligencia, sin que los arredre el temario abstracto; le cercenan al libro un poco de su autoridad, y a la revista la privan del monopolio de la crítica literaria y artística, para hacer ésta más actual, más viviente y, por consiguiente, mucho más fecunda; tienen una meta política, una norma social y una dignidad que no se pierde fácilmente en las sinuosidades de lo económico. El periodismo de Francia reanuda la efímera tradición literaria de las hojas de 1840 y crea ese **chroniqueur,** no superado después, largo de miras, supremamente comprensivo, ágil, delicioso, a la vez moralista, político y crítico, y que tanto influjo ejerce en la vida espiritual de la nación. El de Alemania adquiere extraordinaria fineza política, y el inglés afirma su seriedad y refuerza el valor de su criterio anónimo. La sociedad creía, holgada de razón, haber descubierto la más eficaz manera de dilatar la cultura, y esperaba que en esta nueva escuela se civilizaría rápidamnte la masa. No fueron pocas las excelencias de la mente que, lejos de desdeñar ese profesorado popular, pusieron en él todo el hechizo de su persuasión. Escuela de ciencias políticas y sociales, cátedra de higiene moral, academia de letras y de artes, todo esto, perfeccionado hasta las lindes de lo posible, habría de llegar a ser la institución del periódico. La multitud contaba, a su vez, con la prensa, tanto o más que con el parlamento, para afianzar la democracia y elucidar sus problemas; veía en ella a su vocero ante gobiernos y a su protector frente a toda amenaza de violación de la justicia. Pero, por desgracia, el progreso material estaba asechando estas grandes ilusiones y otras muchas que la humanidad se hizo ante las perspectivas finiseculares, repletas de optimismo: la ciencia, en lugar de volverse **iniciativa del espíritu,** trocóse en explosión de fuerzas telúricas, y así se escurrió de las manos del hombre su felicidad. Los mismos elementos materiales que estaban activando de sorprendente modo el desarrollo del periodismo norteamericano —la vieja y paciente máquina, casi gutembereana en su lentitud, sustituída por la rotativa que, a velocidad vertiginosa, arroja por sus "compuertas eléctricas" la palabra impresa; el ingenioso mecanismo que reemplaza al tardo tipógrafo, el fotograbado que ilustra los sucesos del día, trasmitidos, no ya por las palomas mensajeras de Reuter, sino por los cables y los alambres que entretejen la tierra — cuerdas vocales del universo—; todos estos elementos prodigiosos que lo estaban convirtiendo en cosa deslumbrante, iban a provocar su desvío de la senda buena; ese magnífico contrapunto de voces que añora Waldo Frank en su libro admonitivo, iba a ser ahogado por una estruendosa y horrenda voz; la voz del **trust** periodístico, que, aunque salida, en coro también, de la garganta del hombre, nada tiene de humano.

Tamaña fuerza no podía desdeñarla el capitalismo. Era demasiado tentadora como medio de dominación. Precisaba, pues, adueñarse de esa técnica que tiene el maravilloso poder de transmitir de manera inmediata lo intelectual y lo emocional, y de regir, en circunstancias determinadas, todas las manifestaciones de la vida. Y así, lo hizo. Y con singular maestría. Es verdad que ya desde 1862 había sido denunciada la prensa como un monopolio de "los grandes privilegiados de la burguesía", pero fué sólo desde la última década del siglo XIX cuando el capital, enseñoreado de lo mejor de la realidad viviente, se apropió de lleno ese valor directivo y lo puso, con suma habilidad, al servicio exclusivo de sus intereses.

Bajo la dictadura del capital y la activa ayuda de los traidores al espíritu que acusó Julián Benda, operóse rápidamente en la prensa la transmutación de sus reglas morales e ideológicas, llenas de errores y cargadas de pecados, es cierto, pero nobles casi siempre de intención. Al alborear nuestra nefanda centuria, el nuevo periodismo, auna-

ción de empresa comercial y de rectorado social, enriquecido de técnica hasta lo inverosímil, informado de todo, generoso de complacencias bajas, irresistible como una añagaza satánica, expandió por el mundo su contagio. Débil resistencia le opuso la tradición cultural de Europa; y si los últimos reductos no fueron tomados, quedaron sus defensores en los límites de pequeños campos de acción que han venido estrechándose más y más cada día.

Modelada por los Hearst, en los planos del escándalo, por los Coty y los Lauzanne, en círculos menos indiscretos, y, en una esfera superior, por la dinastía de Northcliffe o la de Gordon Bennett, esa prensa, que, para el logro de sus fines egoístas, tiene un rigor científico casi monstruoso, es la directora de lo social y lo moral del mundo. Es esa prensa deshumanizada, sujeta a análoga disciplina en todas las latitudes de la burguesía, la que se ha adueñado de las normas del alma y del corazón del hombre. Con la **inofensiva misión** de un imparcial informador de todo, la **altruísta** de tomarle a diario la temperatura al organismo social y de diagnosticar en veces, y la **laudable** de producir delectación, hábilmente encubre sus influjos en todos los sectores de la vida. El cómo los ejerce, es cosa sabida, mas, poco confesada, de temor a la temible Majestad. Falsea la economía o, por lo menos, la entraba cuando su curso lógico va contra los intereses que ella patrocina; refleja una falsa opinión pública, si así le conviene; aviva los nacionalismos agresivos; defiende los sistemas que la favorecen, aunque estén fallidos; dispensa interesadamente el poder; a su antojo confiere la fama, la rehusa o la quita; tuerce la justicia; incita a la vanidad que ella puede complacer; crea necesidades artificiales, que aumentan la inquietud de la existencia, porque ella las satisface con propio beneficio; fomenta la abdicación ante todas las sensualidades, porque esto la ayuda a extender el área de sus adeptos; sabiendo que son iguales los públicos de todas las civilizaciones desfallecientes, ella, como al romano de la decadencia le daban circo, nos da uno a su manera: los espeluznantes relatos de crímenes, que equivalen—con emoción mitigada, naturalmente—a las hecatombes de cristianos; les quita a los acontecimientos su verdadera significación, para infundirles la que le interesa; con el silencio escamotea la verdad que perjudica sus móviles, o bien, con estentóreo ruído pone el acento de los trascendentes en mínimos sucesos que sólo son de su provecho; y, como lógica consecuencia de tanta dimisión de la dignidad, se doblega o se altiva; es decir, adopta la postura que las circunstancias comandan.

Injusto sería agrupar en el mismo proceso de responsabilidad histórica a todos los órganos de la llamada **gran prensa**, pues si es cierto que cual más, cual menos, está manchado de mercantilismo, unos hay que tratan de armonizar sus propios intereses con la misión de comentar imparcialmente la vida universal. Pero los más obtienen su terrible omnipotencia por caminos vedados al decoro y franqueados por la libertad a todo lo abominable. Y aunque el confesarlo nos atriste, sus poderes no son de usurpación: un voto de confianza les ha dado cada uno de sus millones de lectores; cada cual les confirió largo mandato para que vean, oigan, piensen y decidan por él.

Afortunadamente — candorosa fortuna que aun justifica, en nuestro mundo burgués, el derecho de libre expresión, alcanzado con tanto dolor—se oyen consoladores desafinamientos en el tono de la prensa de nuestra época. Mejor dicho: subsiste un contrapunto de voces cálidas de humanidad: una armonía de violencias contrarias del espíritu, que buscan angustiosamente, por rutas diferentes, pobladas de obstáculos, una nueva ética y la ventura que la inteligencia le traicionó al hombre.

¿Cómo darle a la humanidad la iniciativa espiritual que con urgencia de desesperación ha menester para poder apagar el frenesí de su civilización afrodisíaca? (Así, en certero diagnóstico del mal que nos tiene agónicos, llama Bergson a la nuestra). ¿Cómo abrirle un horizonte en profundidad, si el medio que sería más raudo y de eficacia mayor—la prensa—se halla en manos de los peores enemigos del espíritu? Las pocas directivas elevadas que en ella se consienten, a guisa de inevitable lastre, a los representantes de la cultura—(no englobéis en este mandato de la sabiduría a todos los intelectuales que se hallan al servicio de la prensa) — pasan inadvertidas entre crímenes y escándalos; sus mensajes se pierden en una balumba de cosas grotescas y de cosas pueriles, insufladas de trascendencia, con absurdos y vistosos títulos, para un público preparado a lo vulgar y a lo frívolo, o simplemente desprevenido. En tan desfavorables circunstancias descaecen las mejores actitudes de la voluntad moral. En el actual conflicto del alma con la materia, de cuyo resultado, al decir de buenos augures, depende el porvenir del mundo, la materia tiene el arma de mayor precisión y de mayor alcance. Indefensos se encuentran ante ella todos los sistemas idealistas, todos los sacerdotes de la elevación humana. A la obra lenta y difícil de los educadores—labor del libro y de la cátedra—se opone la obra del periodismo, eléctricamente persuasiva. Incontrovertible es que, aun en insospechadas categorías sociales, el periódico rige la mente y rige el corazón: él es fuente única del conocimiento, norma de conducta y hasta infalible criterio estético. Negarle esta significación **docente** y considerarlo como un mero saciador de veleidosas curiosidades, es cometer funesto error. Los capaces de impeler hacia vías superiores a esta humanidad refractaria, en vez de desdeñar orgullosamente esa forma concisa y poderosa, con la cual puede conferírsele velozmente a la vida un sentido profundo, debieran hacerla exclusivamente suya. El fundador de la Escuela de la Sabiduría de Darmstad, intuitivo maravilloso, no ve en los gruesos libros la expresión eficaz. La hora histórica del teorizar y del decir prolijo, pasó ya. Para él, la técnica periodística sería hoy el medio mágico de servir al espíritu en lo que éste tiene de mejor. ¿Por qué los conductores del bien no intentan la experiencia de luchar en condiciones análogas a las del "tipo representativo" de nuestra época—el chofer keyserlineano? Que hagan de la prensa su vehículo y apoyen fuertemente en el **acelerador** espiritual.

Hacia una voluntad de poder

I.—Nuestro complejo de inferioridad.

Por MARIANO PICON-SALAS

= *Envío del autor.* Santiago de Chile. Marzo de 1934. =

Si hay algo que enturbia la esperanza y la acción del hombre criollo ante la Historia y el Destino, es ese complejo que con el idioma de Freud llamaríamos de "inferioridad". No sólo venceremos la Crisis y crearemos un nuevo Estado trayendo recetas alemanas, italianas, yanquis o rusas para modificar nuestra Economía y vistiéndonos con los últimos títulos de la tumultuosa y diferente política europea, sino observando nuestra alma, permitiendo que el anhelo colectivo se confiese por una especie de psicoanálisis. Nuestros pueblos y nuestros hombres están ya habituados a sentirse inferiores, y porque no creen que la salvación pueda venir de ellos mismos, están alertas a la última modificación europea. Así tengo un amigo comunista que espera por momentos una revolución bolchevique en Alemania y en los Estados Unidos, y otro amigo fascista ha traído de Berlín una teoría de las razas que resulta extraordinariamente cómica en nuestras tierras mestizas, y que coincide con la teoría y el ideal de los caballos de carrera. No intento convencer al comunista—jamás se convence a un comunista,—y al obcecado fascista le digo en vano que ya que alardea tanto de nacionalismo lo busque en sí mismo, en su pueblo y en su voluntad, y no en aquel libro pesadísimo, lleno de historia germánica, que se llama "Mein Kampf" de Adolfo Hitler. Pero es que ambos personajes, ambos representantes de una misma juventud extraviada, no hacen sino interpretar nuestra eterna sumisión a las fórmulas extranjeras; no reaccionan contra nuestro ya arraigado complejo de inferioridad.

Porque llegamos tarde a la Historia, cuando los grandes pueblos de Occidente habían creado las formas, los sistemas y las aplicaciones de la Civilización actual; porque heredamos una tradición que como la española se había retrasado en los caminos de la vida moderna, y mantenía estilos y motivaciones pretéritas sin uso ni eficacia en la época del Capitalismo mecanizado, nuestro destino histórico pareció de débil imitación de lo europeo y de añoranza romántica del alma insatisfecha. Nuestra Literatura, nuestra Música, las pocas cosas en que el hombre suramericano ha marcado su paso por el mundo llevan este sello de tristeza, de evocación, de desesperanza. La mejor novela argentina es la novela de una sombra, de un gaucho que ya no existe, hecha con el perfil borroso de todos los gauchos muertos, acorralados y vencidos con su caballo, su poncho, su china y su guitarra por una nueva civilización implacable: la civilización de la máquina y de los gringos. En la Literatura chilena, por ejemplo, no tiene hasta ahora ninguna gran expresión el nuevo mundo industrial del salitre y del cobre, de las grandes masas que se mueven por las fuerzas terribles de un Capitalismo extraño a la nacionalidad, ajeno al alma del "roto", pero sigue imperando un tono idílico del pasado; de campo chileno del buen tiempo viejo, de folklore y de vida patriarcal casi desaparecida. Ante el extranjero y ante la máquina, los dos dioses que nos sojuzgan, nuestro espíritu se intimida o reacciona con la nota lírica y la desesperación anárquica, subjetiva, ineficaz.

Las letras de la ley escrita dicen algo muy diferente de lo que es la realidad, la tragedia suramericana. Otros pueblos que aparecieron en la vida histórica al mismo tiempo que nosotros como los Estados Unidos, tomaron de la Europa liberal del siglo XIX y supieron arraigar en su suelo con poderoso instinto nacional las dos ideas de la época: la idea de Democracia y la de aplicación de la Ciencia. La Democracia fué eficaz en Estados Unidos no tanto en lo político sino en lo social y económico, porque los yanquis descendían de aquellos pequeños comerciantes, granjeros y artesanos que combinaban el Utilitarismo y la Biblia y viajaron en el Mayflower. El hombre yanqui fué entre todos los hombres del Capitalismo maduro, el único que podía ser albañil durante el día y vestir un smocking en la noche. Ellos tuvieron un ideal de "self made man" que inspiró toda aquella literatura escolar, un poco simple y burdamente estimulante del inglés Smiles y de Mr. Marden. Por lo mismo que su individualismo era económico y no religioso ni guerrero como el individualismo español, comprendieron y aplicaron pronto esa nueva realidad de los caballos de fuerza y de la energía mecánica.

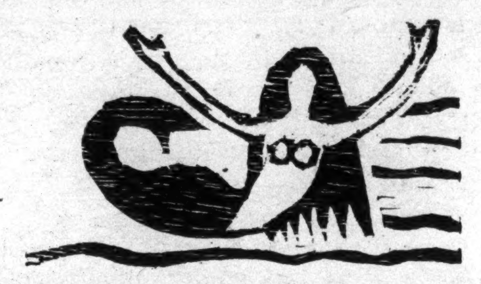
Entre nosotros la Democracia apenas se expresaba en las cláusulas rumbosas de las Constituciones o acunaba los discursos parlamentarios del politicastro criollo, retórico, declamador, vacío. La realidad era que nos dominaba una Aristocracia que venía de la Encomienda Colonial, acostumbrada a recibir el trabajo de sus esclavos e inquilinos y que miraba el Comercio y la Industria como actividades bajas. La Encomienda colonial se había convertido en latifundio perdiéndose en el cambio aquella justificación moral, aquella protección que las viejas leyes españolas imponían al señor sobre los indios. Este Liberalismo escrito, traído de Europa y administrado por la vieja clase dominadora, apenas sirvió para aban-

---

Poesías inéditas

= *Colaboración.* Ilustraciones del autor. =

SIRENAS



Ni en los días más largos quemados en la pipa
cuando siembro mis pupilas en lo hondo del mar,
nunca he oído sirenas, ni he visto sus cabellos dorados,
como dice el poeta de aquel libro que compré junto al Bar.

Ni en las noches profundas y fosforescentes
cuando la Osa y la Cruz del Sur brillan hasta hacer suspirar,
nunca he oído sirenas, que canten y que mientan
como aquellas que a Ulises le hicieron sus brazos sujetar.

Las sirenas se han ido a vivir a la tierra,
se han prostituído y viven sus noches en el Bar;
por eso mis nostalgias tienen nombre de puertos
—son como el tabaco o el whisky, las podemos comprar.—

EL FILTRO



El filtro nació con la casa—
es como el seno de piedra de una virgen indígena,
es el reloj de agua que contará mis días
cerca de la tinaja enrojecida y húmeda.

La tinaja es una fruta de agua
junto a la tapia cuyo rojo va volviéndose jade
por el musgo que es tiempo, patina y poesía.

El filtro es tan grande y tan puro
que tiene la confianza de todos;
lo tallaron obreros con un sentido noble de la alfarería
y el agua es su alma, su sangre y su palabra.

Fco. Amighetti

Costa Rica. Marzo del 934.

donar al campesino y al obrero a su suerte infeliz. Como lo demostró en Argentina Juan Agustín García y en Chile don Domingo Amunátegui, las condiciones del proletario urbano y rural se hicieron más duras bajo este régimen de la oferta y la demanda, en una sociedad todavía feudal, dirigida por señores feudales. Suprimir lo que había de bueno y de cristiano en las Leyes de Indias fué la reinvidicación que primero realizaron las oligarquías nativas, las que supieron desviar y usufructuar para sí el natural impulso humanitario y popular que tuvo la Independencia. Es bueno esclarecer este concepto porque en casi todos los grandes libertadores y teóricos de la Emancipación, existió la noción del pueblo. Ella preocupa a Manuel de Salas en su "Relación sobre la Agricultura y Comercio de Chile" que publicada hoy, a ciento cuarenta años de distancia, tendría una viva actualidad; inquietó a O'Higgins en su afán de destruir los orgullosos mayorazgos y movilizar la riqueza muerta que venía de la Colonia, y fué el gran sueño de Rivadavia, el inspirado y extraordinario argentino que con su ley de enfiteusis hubiera producido en 1825 una verdadera revolución agraria en las tierras del Plata. La aristocracia argentina, los grandes hacendados y ganaderos, los que organizaban cacerías de indios, encontraron entonces su intérprete en Rozas, el hombre que "restaura" el pasado y la barie.

El proceso posterior de la Historia suramericana—el proceso en que todavía estamos,— señala el encuentro de estas clases feudales que dominaban sus haciendas, llevaban sus campesinos a las elecciones y controlaban el poder político, con las fuerzas del Dinero y de la Técnica que desparramándose desde los países imperialistas, acaparan nuestras materias primas y fuentes de energía. Para conservar el poder político las clases dominadoras pactan con el extranjero y practican la tesis sumisa del entreguismo. Como según la Sociología imperialista seríamos pueblos inferiores; como nuestra raza no ha desarrollado aún el espíritu de la invención y aplicación técnica; como la idea de "Empresa" en el sentido de la Economía moderna fué ajena a estas clases feudales y holgazanas, era preciso, conformarse con la entrega al extranjero de lo que nosotros no podíamos explotar ¿Para calmar al pueblo y dar un espectáculo de importado republicanismo, no se hacían elecciones y teníamos Parlamentos donde hombres muy cultos, verdaderos barítonos de la Democracia cantaban las abstractas libertades?

Por este camino asoma el primer jinete, el primer fantasma apocalíptico de nuestra inferioridad. Nos sentimos inferiores porque en nuestra Economía y en nuestra Sociedad contradictoria ha faltado la decisión organizada de superar el atraso; porque los viejos intereses inmóviles de los clanes que nos gobernaron, no nos han permitido construir la Nación.

La forma cómo ese turbio sentimiento de ser inferiores afecta nuestra vida colectiva, marchita todo impulso creador, será el objeto de próximas meditaciones. Y al proyectar este panorama de la existencia americana, estos testimonios para el psico-analista de pueblos, quizás emerga la esperanza de vencer el destino. Porque tal vez en este instante, después de muchos años de resignación y de mutismo, haya en la América Latina una vanguardia de Juventud que no se contente con ser testigo de la Historia, sino anhele imprimir en ella su fuerte y disciplinada voluntad.

Un cuento para el Sr. de Las Heras Hervás

= Inédito del libro en prensa «Motivos Literarios». *Envío del autor* =

A Mélida Luz Palacios.

Pues bien, este es el cuento breve que me solicita el señor de las Heras Hervás, sin personajes, sin dramatización, sin diálogo. El cuento de una vida, que es el único cuento.

Era María Inés ciega y bella. Mas su ceguera no impedíala para ver, que ella miraba las cosas del mundo mejor que los otros que tenían sus dos ojos abiertos a la luz. María Inés conocía mejor su camino, el camino de su vida, mucho mejor que tantos otros que con sus dos ojos no aciertan a dar un paso recto sobre el sendero que huellan...

María Inés ve las cosas como son realmente; porque las ve de dentro para afuera, y no como las ven los demás, que sólo miran con los ojos...

María Inés siente que sus ojos apagados—como los de Milton—están así porque Dios mismo está tan cerca de ella que se los tapa con sus alas.

Pero prefiere María Inés que Dios le tape la luz del sol con sus alas y no que se la tapen el prejuicio y la oscura pasión y el bajo sentimiento.

¡Cuántos hay, Dios mío!, que con sus dos ojos bien abiertos, son ciegos de caer, ciegos de golpear, ciegos de todo mal que a cada paso que dan vacilan y se hunden!

María Inés tiene liliales las manos y transpira un olor como de primavera: el aliento de su alma la perfuma.

María Inés es suave y tierna como una avecilla que se sonríe siempre, si no con los ojos, con la única sonrisa que ella conoce, la de su alma, incapaz de mirar con malicia ni con engaño...

Dichosa María Inés que está cerca de la Verdad, del Bien, de la Divinidad.

María Inés es la ciega dulce y primaveral que busca temblonamente el muro para apoyarse, pero que sabe adonde pone los pies para encontrar la gloria del Señor.

Tengo tal certidumbre de la paz de esta mujer, de su paz infinita y única, que siento que todavía veo mucho, y no sé qué raro y nervioso sentimiento me sobrecoge como de querer ser como ella, luminosa en la sombra, resplandeciente de verdad.

Rogelio Sotela

San José, Costa Rica. 1934.

La supuesta falta de hombres

= De *El Sol*. Madrid =

Que en España faltan hombres. ¡Qué aberración! En todo caso, los habrá demasiados, y por ser tantos, se inutilizan unos a otros.

Nuestro problema no es de falta de hombres, sino de disciplina, aprovechamiento y educación. La individualidad de cada uno es tan fuerte que él hace su propio dogma y hasta quiere imponerlo a los demás. Mirad estos retratos de Goya. Sus ojos os hipnotizan, queriendo convenceros de que ellos son como son y no serán nunca como vosotros quisierais que fueren. Subid en un tranvía: allí veréis otra galería de Goyas vivos. Pensad en los hombres que hay por provincias, en los pueblos, en los campos, que se podrían movilizar para otros tercios de Flandes, más capaces de "comerse" al mundo que los del siglo XVI. España no ha perdido nada de su masculinidad. Ha perdido la fe y la confianza de su propio valer. Para ahogarla más se repite a grandes voces: "Aquí no hay hombres". ¡Mentira! Ya no digo error, digo ¡mentira!

Claro está que no aparecen en la plana mayor de los llamados partidos políticos; pero es que éstos no se han preocupado en ir a pescar—¡hay que ser pescadores de hombres!—aquellos que por falta de estímulo no se dan cuenta de lo que son capaces. Se ha de tal modo repetido que aquí nadie es bueno para nada, que gentes de grandes cualidades han llegado a resignarse con la idea de que ellos son también inútiles y que deben vegetar y morir como sus padres y sus abuelos. Repito, es un problema de fe y conciencia, no de facultades. Una vez pregunté a un "coolie" que iba cargado como un mulo por qué se conformaba con aquella vida. Me dijo: "Es la que hizo mi padre En mi familia todos hemos sido "coolies".

Es además un problema de educación. Claro está que sin un entrenamiento cultural no se puede tener perspectiva de las posibilidades que están abiertas a cada uno. Nuestra educación insuficiente origina a menudo casos de desviación y vidas trágicas desgraciadas. En los países donde se da valor a las cosas que podríamos llamar intermedias, esto es, que no son ni santidad ni crimen, ni genio ni embrutecimiento, ni sabiduría salomónica ni pedestre vulgaridad, hay un sin fin de ocupaciones, muy respetables, en las que se pueden aprovechar talentos que no sirven ni para santos ni para sabios.

En España, con el nombre de "medianía" se entiende algo vergonzoso. Uno que hubiera podido ser un buen periodista quiere ser filósofo, y aun no se contenta con esto, quiere inventar su filosofía. El que podría haber sido un ingeniero capaz, ha de inventar unas matemáticas, y un financiero o un polí-

tico, querrán también hacer su drama en tres actos. Así, naturalmente, se malgastan muchas energías. Pero esto se remediaría cuando tuviéramos una inspiración colectiva, una obra nacional en la que todos pudiéramos colaborar. Habría ocupación para todos, cada uno aportaría su pequeña chispa de alma individual contento de hacer entre todos la gran hoguera.

¿Cómo llegar a este resultado? Es imposible fomentarlo deliberadamente. Bastaría que nos propusiéramos cooperar en algo propuesto fríamente para que el pequeño demonio berberisco que tiene en su alma cada español reacciona impidiendo la acción colectiva.

Una cosa debería animarnos, y es que la misma destrucción de todo lo que constituía la España de antes nos hace un pueblo joven capaz de empezar otra vez nuestra vida sin lastres ancestrales. Dudo que haya nada hoy en España que se considere indispensable, esencial, para la nación. Estamos sin aristocracia. La de la sangre se reveló completamente degenerada, incapaz de defender sus propios privilegios; la del talento ha perdido mucho prestigio, no ha sabido o no ha querido empuñar el timón del Estado, que ha quedado sin gobierno en los últimos años. La aristocracia del dinero, "los poderosos", se han satisfecho, cuando más, demostrando una paternal benevolencia para "los desheredados", sin reconocer que los tiempos habían cambiado y que habían de traspasarles algunos de sus derechos.

Que España necesita hombres no cabe duda; pero es también indudable que uno sólo que sonora el clarín de una diana generosa y moderna, vería surgir legiones de hombres nuevos y hasta humildes en sus aspiraciones. Hemos llegado ya a un punto crítico del que podríamos llamar "complejo de inferioridad nacional". La somnolencia, la modorra, que podía haber sido vicioso entretenimiento hace unos cuantos años, hoy nos causa hastío; estamos cansados de no ser, queremos resurgir a toda costa y haríamos sacrificios penonísimos para participar activamente en las corrientes modernas. Sacrificaríamos hasta lo más difícil de conceder, que es nuestra personalidad; consentiríamos en ser "números", soldados rasos, en un ejército conducido hacia una España mejor. Ninguno de los actuales políticos republicanos se ha dignado descender a este trabajo apostólico de buscar los talentos y aprovecharlos. Es pasmoso cómo a los pocos días de estar instalado el régimen republicano ya habían hecho encasillados con aquellos que no tenían otro mérito ni otra cualidad que la de ser políticos. Quejándome una vez de los colaboradores que se procuraron nuestros jefes de Gobierno, me dijo uno: "Es que a Fulano de Tal, cuando la Dictadura, le tuvieron preso y le dieron una gran paliza. Y esta paliza ya le dió títulos y facultades para ser ministro..."

Así han reclutado el personal los partidos. ¡Así han pescado hombres para hacer realmente un nuevo Estado! Su fracaso no debe atribuirse a la falta de material humano, sino a su pereza y carencia de fe en las grandes facultades que conserva todavía el hombre hispánico.

José Pijoán

Poesías inéditas

= Colaboración =

EN EL ESTANQUE

Sombra y sol en el estanque;
dos cabras dentro del agua;
una, linda cabra de oro,
otra, una cabra de plata.

Sombra y sol en el estanque;
esquila un pastor la cabra;
bajo el temblor de los sauces
hay vellocinos de plata.

Sombra y sol en el estanque;
corta, bajo el cielo en calma,
el rubio pastor risueño
una pelambre dorada!

CANCION

Margaritas de alabastro
coronadas de oro,
te dediqué, amor,
te dediqué en mis días de primavera!

Mi frente enguirnaldada
de hojas de vid y rosas,
te dediqué, amor,
te dediqué en mis días de primavera!

Sedas y púrpuras
y porcelanas de Catai
te dediqué, amor,
te dediqué en mis días de primavera!

Y el vino azul de la mañana
y el oro de la tarde,
te dediqué, amor,
te dediqué en mis días de primavera!

Y las extenuaciones de mi carne
y las transfiguraciones de mi espíritu,
te dediqué, amor,
te dediqué en mis días de primavera!

929.

LUNA NUEVA

Para *Emma Gamboa*

Clareaba la luna nueva
en mitad de la jornada;
los vientos mecían estrellas
enternecidas ya de agua;
rumbo a los picos distantes
de las dormidas montañas
ponían los senderos verdes
por entre las verdes gramas;
bajo las sombras redondas,
cálidas vacas echadas
y arriba, nubes de sauco
florecidas de luz alba.
¡Clareaba la luna nueva
en mitad de la jornada!

Dic. 933.

SECRETO

Ya suspira en el jardín
mi alma en profunda orfandad
me acompaña el Serafín
de la suave claridad.

La pena de amor, despierta,
me lleva, en la noche pura,
a interrogar por la muerta
en su misma sepultura.

Se abre el oculto sagrario
de un gran templo milenario
y un silencio hierofante

unge mi mente de paz.
¡El jardín está fragante!
¡Muerta, ya sé dónde estás!

928.

RETORNO

Venías del país del sueño vago
nimbada aún de luces celestiales;
tus ojeras mostraban el estrago
de los días de lumbres irreales.

Izaba el horizonte brillo aciago
anunciando ateridos temporales
y el sol, como magnánimo rey mago
ceñía a tu frente púrpuras letales.

Desconsolada del retorno pronto
de tu bello país, al verde ponto
tus pupilas volvías, buscando rastros

entre las olas y sobre los pinos,
que ascendían como dedos sibilinos,
la sombra estaba florecida en astros!

934.

Carlos Luis Sáenz

Heredia, Costa Rica.

El último libro de Mario Sancho: "Viajes y Lecturas"

= *Colaboración* =

Al Lic. don Teodoro Picado, actual Ministro de Instrucción Pública, quien, durante sus años de profesorado en el Liceo, inculcó en mi espíritu, con su ejemplo y su enseñanza, mi afición al estudio de la historia y de la filosofía. Respetuosamente.

Feliz y envidiable posición la que ocupa Mario Sancho dentro de la joven literatura costarricense: reconocido ya como escritor de mucho talento, aun parece guardar los mejores frutos de su ingenio para un cercano futuro; poseedor de una amplia y sólida cultura—tanto clásica como moderna—producto de sus andanzas de viajero atento e infatigable y de sus años de estudio en universidades de reconocido prestigio, es, además, un escritor de segura y fecunda intuición artística y de un estilo sobrio, fluido y elegante.

Su último libro lleva el sugestivo al par que amplio título de "Viajes y Lecturas". Es una compilación parcial de su labor literaria llevada a cabo en el **Repertorio Americano** durante los últimos años. Y decimos parcial, porque hemos notado en el volumen la falta de algunos artículos aparecidos en nuestro prestigiado semanario nacional en fechas no lejanas. Lamentamos, sobre todo, la ausencia de un estudio comparativo de los dos Cides, el de Corneille y el de Guillén de Castro, bellísimas páginas escritas en defensa de la producción española que tan injustamente ha sido siempre considerada como inferior a la francesa.

"Viajes y Lecturas" es un tomito relativamente breve y editado en pequeño formato. Mas, si parco en tamaño, pocos volúmenes hemos leído de tan jugoso y rico contenido. Está impreso—digámoslo de paso y en honor de los talleres tipográficos de "La Tribuna", quienes han cuidado de su publicación—en papel de calidad superior, con poquísimas erratas y en un tipo de fácil lectura, firme y claro.

A pesar de su contenido de lo más diverso y variado que se puede imaginar, el autor ha conseguido darle una relativa unidad de intención, tanto en virtud de la pareja armonía de su estilo, que no decae ni por un momento en toda la obra, como por razón de una constante y común orientación ideológica, que imprime una misma afinidad de pensamiento en todas sus páginas. Política, literatura, arte, impresiones de viajes, todo parece estar fundido en un mismo molde y alentar el mismo vuelo de ideas. Ya tendremos ocasión de ocuparnos más tarde de algunos de estos tópicos que constituyen, por decirlo así, la estructura temática de "Viajes y Lecturas".

Desde la primera hasta la última página hallará el lector un estilo que se distingue, especialmente, por su clásica limpidez; un estilo depurado de inútiles recursos retóricos, limpio de todo adorno superfluo, de toda digresión innecesaria que pueda estorbar o perjudicar la exposición clara y sistemática de las ideas, o el libre curso, sereno y reposado, de las narraciones. Tales limitaciones



Mario Sancho

Madera de *F. Amighetti*

de "retórica menor" no consiguen, sin embargo, disminuir, en grado alguno, su sostenida robustez y la modernísima flexibilidad de su poder expositivo. Indicaremos, a manera de ejemplo entre otros muchos, las páginas que llevan por título "Tierras de España", primorosa evocación lírica del paisaje castellano, y que, no obstante su premeditada timidez retórica, son un verdadero derroche de color, de gracia y de fuerza descriptiva. Leyéndolas, se piensa inmediatamente en Gautier.

Esta plenitud, esta armonía de estilo, tiene su principal explicación en la manera tan apropiada y hábil con que Mario Sancho se sirve de los recursos retóricos: metáforas, símiles, evocaciones líricas, aspiran tan sólo a ser complementos indispensables de la idea y no simples caprichos de vanidad estilística; van siempre unidos al texto por una íntima relación complementaria, elevando así el concepto a un nivel superior de claridad expositiva y de amplitud visual. Observad, por ejemplo, cómo el autor, para explicar esa manera subterránea e imprevista con que florece en la obra de Renán su vieja fe católica, perdida desde temprana edad, al abandonar el seminario de San Sulpicio, trae a cuento, con admirable oportunidad, aquella mágica leyenda bretona de que nos habla el filósofo francés en sus "Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse", y sobre la cual el exquisito genio de Claudio Debussy, escribiera más tarde, uno de sus más bellos preludios: "El viejo ideal de la infancia, dice Mario Sancho, como la ciudad de Is de que gustaba tanto hablar, habíase sumergido dentro del oleaje de la duda, pero la voz de sus campanarios no había quedado ahogada, y desde el fondo del abismo surgía frecuentemente a la superficie invitando al escéptico a los oficios divinos". La comparación no puede ser más bella y sugestiva: directa, vigorosa, y, sin embargo, tan discreta, tan reposada, tan serena, sin que encierre nada que pueda resentir el oído del lector más exigente en asuntos de estilo. Las relaciones comparativas en ella establecidas, encaminan gradualmente la idea hacia su justa culminación lógica, sumergiéndola dentro de una tibia y tenue llamarada de claridad latina, que le da esa finura de línea y de contornos, tan característica del genio mediterráneo. Tal es la calidad y la única función literaria a que aspiran los recursos retóricos de que se sirve Mario Sancho en su obra. Ni por un solo instante llegan a perder la abigarrada unidad que los relaciona con el texto, ni su imprescindible función complementaria.

Es este el primer tema que queremos anotar en "Viajes y Lecturas": el hábil manejo de los recursos de estilo y la inaudita riqueza de erudición literaria e histórica. Periódicamente, las ideas se ilustran y se refuerzan con citas de diferentes autores, o con extractos complementarios sacados de la misma obra que se discute. Revela en esto Mario Sancho, la disciplina clásica adquirida a su paso por las universidades americanas y gracias a su incansable curiosidad dentro del mundo de los libros. Temeroso siempre de no justificar suficientemente sus juicios críticos, se le ve ir a menudo en busca de la opinión ajena.

Es cierto, que esta constante preocupación de permanecer dentro de una esfera de pensamientos propios y ajenos que se complementan mutuamente—a manera de arma defensiva—disminuye en algo el vigor creativo y personal de su ideología. Se nota en ella, una cierta ausencia de ideas centrales, de intuiciones reveladoras, por decirlo así, que pudieran guiarnos hacia una síntesis estructural y creativa de orientaciones y de pensamientos nuevos. Es Mario Sancho, sobre todo, un comentarista, un curioso analizador de las ideas y de las formas. Su mente rechaza la mera expeculación intuitiva del pensamiento, ya

(Pasa a la página 203)

Estampas

Se trata de los Oliverottos de Nicaragua. Un modo ya viejo de asesinar

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración =

El asesinato así como acaba de practicarlo la siniestra organización yanquizada que es dueña del gobierno de Nicaragua, nos dice un amigo lector de Maquiavelo, tiene orígenes muy antiguos. Hay que acordarse de aquel Oliverotto da Fermo sutilizando su intriga sombría que acabó con Juan Fogliani y su poder, para encontrar algo parecido a lo que Sacasa y compañía hicieron con Sandino. Fermo organizó un festín e hizo compañeros de mesa a Fogliani y los notables de la ciudad. El festín es para fraternizar y en hacérselo sentir a sus víctimas se concentra la habilidad del asesino. Toda suerte de conversaciones acerca de un futuro grandioso entretienen las horas de los invitados. Nadie duda de que otro día aquel Oliverotto será el aliado más inteligente y resuelto del gobernante Fogliani. Pero acaba la solemnidad del momento y Oliverotto conduce a la muerte a sus escogidos. De pronto salen del escondrijo preparado unos soldados que degüellan sin piedad dando así satisfacción al fariseo Oliverotte. Y la ciudad es luego sometida al terror porque los soldados del crimen la recorren amenazantes haciendo cundir la desvergüenza del asesinato.

En Nicaragua, la tribu del mando atrae a la capital a Sandino y le hace promesas, y el Oliverotto de allá lo sienta a su mesa y le habla de un futuro grande con la Guardia Nacional destruída y salvada la vida libre de la nación sometida al vasallaje del imperialismo yanqui. El festín es también para fraternizar y Sandino está bajo el amparo y la protección del Oliverotto de la Loma de Tiscapa. Se le agasaja y sale del antro presidencial embaucado. El asesinato está preparado y no muy distante del sitio del festín saltan de su guarida soldados de la Guardia Nacional y quitan del escenario nicaragüense a Sandino y compañeros.

No es nuevo entonces este sistema de asesinar aplicado a un grupo de hombres que se empeñó resueltamente en trabajar por redimir de miserias a su nación. Pesaron mucho en aquel medio dominado por el imperialismo yanqui. Y el imperialismo no podía acogerlos no obstante haber logrado que su organización adueñada del mando pactara con ellos. Era de urgencia eliminarlos y se les atrajo con la astucia del personaje de Maquiavelo y con los mismos procedimientos se les dio muerte infamante.

El suceso tiene una unidad clara y la habilidad de los Oliverottos nicaragüenses quiere que el mundo no lo vea así. Pero hay que decir que a Sandino y compañeros los asesinó la organización que el imperialismo yanqui ha impuesto a Nicaragua. Todo lo que esa organización considere desafecto a los planes del imperialismo está condenado a desaparecer. Nicaragua es la factoría y sus sostenedores son los mismos nicaragüenses al servicio del imperialismo. Terribles nicaragüenses por los sombríos, por lo venales, por lo serviles con el yanqui. Llega ahora a nuestro poder un libro revelador ("Con Sandino en Nicaragua" (1), de Ramón de Belausteguigoitia) que pinta a ese nicaragüense en una realidad que llena de pavor. Es una trilogía siniestra. Díaz la encabeza y es el que abre el boquete para que el imperialismo se meta en Nicaragua. De empleadillo de una compañía yanqui salta al mando y desde el gobierno pide la intervención y con las milicias yanquis se impone. Chamorro lo sucede y reconoce a los Estados Unidos derechos sobre la zona canalera nicaragüense por noventa y nueve años. Estos descastados son horribles, pero les gana en fealdad moral el tercero, Moncada. Citamos a Belausteguigoitia: "Y llegamos a Moncada, que completa la trilogía de los hombres más funestos de Nicaragua y de Centro América toda. Moncada es el tipo del aventurero dotado de talento y, sobre todo, de una audacia y de una desaprensión sin límites, dispuesto a todo para salvar los escalones de la fortuna". Unos conservadores, liberales otros. De todos ha hecho el imperialismo argamasa para imponer su dominio. Los ha turnado en el mando y los ha hecho darle cuanto ha necesitado para convertir a Nicaragua en factoría. El conservador que sucede al liberal sabe que su compromiso es respetar lo que el yanqui tiene y darle nueva porción. El liberal hace lo mismo. De otra manera no hay mando. Y en su desenfreno el politicastro pacta con las mayores iniquidades. Moncada recibe órdenes del Departamento de Estado jefeado por Stimson de organizar la iniquidad llamada, primero constabularia y hoy Guardia Nacional. Stimson comprende que la factoría no se afianzará en Nicaragua mientras no se acaben las rebeldías contra el imperialismo yanqui. Sandino no quiere pacificarse. Entonces Stimson levanta ese poder envilecido que se llama Guardia Nacional. Y lo lanza contra Sandino. Pero es necesario sustituir a Moncada porque el período presidencial terminó. Allí está Sacasa, el amigo de Moncada. La Guardia Nacional hace las

(1) Edición de *Espasa Calpe, S. A.* Madrid, 1934.



Sandino

(De *Bohemia*. La Habana. X. 932).

Sandino

= De *El Espectador*. Bogotá. =

En esa pequeña estampa estaba presa en las lindes del dibujo, diluída en el cobre de la piel, en el carbón de los ojos y en la nocturna hierba del cabello, la esencia misma de América. Sandino, encaramado sobre el lomo vivaz de su caballo, con sus zamarros de tigre que hacían temblar a los becerros y a los hombres del gobierno, con su larga pistola, hecha para escupir contra el cielo de la bandera americana, con su machete de pulido acero, ancho y vibrante como las hojas vegetales que se baten contra el viento, es la encarnación viva de medio siglo de historia tropical.

Durante muchos años, este hombre, nervio vivo bajo el ancho sombrero, ha jugado el más singular duelo de que haya memoria en las crónicas de la guerrilla americana. En la noche de Nicaragua, bajo el frío de las estrellas, que teñían de plata las montañas, fué librándose el combate, mientras las medias lunas se iban descolgando sobre los estribos de los jinetes de la revolución. La vida de Sandino, como aquella extraña cinta de "El malvado conde Zharoff", es un desigual duelo a muerte entre la sombra y en el corazón de los bosques. De las dos puntas del mapa soltaron a los contendores. Eran Sandino, el general, y el Tío Sam, con sus pantalones a rayas, su barbilla diabólica y su estrellado sombrero de copa. Se buscaron y varias veces se encontraron. Sólo que el abuelo del cubilete llevaba para su personal holganza y dominio, ejércitos enteros de marinos recién afeitados y armados de todas armas.

Históricamente, su influencia en las rela-

(*Pasa a la página siguiente*)

elecciones supervigiladas por la marinería yanqui. Y sale electo, naturalmente, el liberal Sacasa. Encuentra el dominio yanqui y lo respeta. Tiene que respetarlo, porque a eso fué a Washington y de allá vino presidente de Nicaragua. Sin embargo, es fariseo y pretende no deberle nada al imperialismo que tiene en vasallaje a su patria. Para dar muestras de independencia pacta con Sandino y le promete acabar con el dominio yanqui. Sandino está agotado de la lucha en la manigua y hace que cree en la honradez de Sacasa, de este Sacasa que acepta como gobernante un cuerpo militar hechura yanqui. Y el resultado es el asesinato que el mundo ha presenciado casi con indiferencia.

La unidad del suceso es completa. Sandino fué asesinado por la organización que ha impuesto en Nicaragua el imperialismo yanqui. El rebelde de otro tiempo venturoso no tiene nada de común con Díaz y Chamorro y Moncada y Sacasa. El imperialismo lo sabía y no obstante verlo sentado a la mesa de uno de sus ejecutores, vencido casi, depuesta toda ansia de liberación, lo sitia y lo asesina. El crimen cometido contra Sandino es crimen del imperialismo yanqui.

Volvamos al libro de Belausteguigoitia para difundir conceptos acerca de Nicaragua y de Sandino. Los tiene buenos y abundantes. Cree, como lo creemos nosotros, que el pueblo nicaragüense es víctima de la perfidia de sus politicastros. Estos son "rapaces que se han sucedido hasta la fecha, sin otro objetivo que echar al contrario para gozar del cómodo festín del presupuesto". Como consecuencia, el espíritu de libertad del nicaragüense se ha ido apocando y dando campo a la expansión yanqui considerada como incontenible cuando se la siente extenderse con la complicidad infame de ese politicastro.

Sandino hizo con su rebeldía un bien inestimable a Nicaragua. La encontró sumisa al imperialismo y desafió al imperialismo para hacer sentir decoro a Nicaragua. Belausteguigoitia nos dice: "Y hemos olvidado, sobre todo, nuestro objetivo al trazar estas líneas, que no es otro que recoger la figura del gran rebelde Sandino, que se alza sobre el panorama de su pueblo, donde el espíritu público aceptó la dominación yanqui como la ley inevitable del destino". Una ley fatal, decimos, hecha sentir así precisamente por la tribu entregada al yanqui. Sandino al alzar su rebeldía contra el imperialismo la alzó contra su organización en Nicaragua. Por eso no hizo nunca diferencia entre Moncada y el imperialismo. Para él los marinos que lo combatían no debían tener trato diferente en la lucha, es decir, debían matarse como al nicaragüense al servicio de ellos. Sólo así era posible sacar del marasmo a un pueblo que no lo respaldaba, que no hacía caso de su voz de libertad. Y el espíritu público fué naciendo y Sandino pudo combatir con mejor éxito. La marinería con su inmenso y desaforado poder lo persiguió a través de la manigua y fué destruyendo y sembrando el terror. Nada respetó esa marinería instruída por el imperialismo. Mató sin piedad a grandes y a pequeños, a mujeres y a niños. Sin guardar la menor ley de respeto puso a sus aeroplanos a lanzar bombas contra poblaciones y contra individuos sin importarle los resultados. Lo que se perseguía era la destrucción del espíritu público que Sandino comenzaba a despertar.

Por su parte, Sandino hizo ley aquello de ojo por ojo y lo simbolizó en su sello de guerra que representa a un soldado suyo en actitud de descabezar a un marino yanqui tumbado en el suelo bajo el pie del sandinista. Si la marinería era poderosa y lo acosaba, él la acechaba y la mataba y la desarmaba para combatirla. Pudo de esta manera ponerle freno mular y sacarla de la manigua. Pero al salir de la manigua fué para organizar la Guardia Nacional y lanzarla contra Sandino.

Esa funesta milicia hechura yanqui es la que acabará con Nicaragua. Stimson creó el poder de destrucción más certero que puede lanzarse contra un pueblo para que no reviva en él su espíritu de independencia, para que continúe en el marasmo y en la abyección propicios a la factoría. Esa Guardia ha sido la ejecutora de la orden de asesinar a Sandino, el hombre que trabajó por limpiar a Nicaragua del vasallaje yanqui.

Es sensible ver cómo ese hombre dejó a medio hacer su obra, por falta de apoyo de su pueblo, por cansancio, por carencia de espíritu guerrero, por haberse ilusionado o engañado. El libro de Belausteguigoitia nos revela aspectos de la lucha y del carácter de Sandino que dan a ratos la explicación de su pacto humillante e imprevisor con Sacasa. Este por ejemplo: "Desfiló la fuerza de Sandino en línea india de a uno, con su bandera al frente, rústica bandera cuya asta estaba formada por un palo del bosque, aun sin descortezar, que sujetaba un abanderado montado, que iba al frente. Desfilaban los hombres con aire sombrío y cansado, mientras sus pies chapoteaban en el barro, rompiéndose de pronto la monotonía de la marcha con algún viva estentóreo, que era coreado por todos. "¡Viva el General Sandino!" "¡Viva el ejército de la independencia!" Yo contemplaba a Sandino, el pequeño jefe, de pie, rígido junto a la puerta de la casa que le servía de habitación, en las hileras de casas junto al camino que forman el pueblo de San Rafael del Norte. El

Sandino

(Viene de la página anterior)

ciones de Centroamérica con los Estados Unidos no podría desconocerse sin caer en grave error de apreciación. El viraje que en los últimos tiempos ha dado la política internacional de la Unión, que culminó como actitud mental en las declaraciones anti-imperialistas de Mr. Hull en la conferencia panamericana de Montevideo, se debe acaso en gran parte a la realidad de sangre y de conciencia que Sandino supo movilizar contra el forastero vasallaje y la extranjera soberbia.

En Sandino cuajan singularmente las virtudes y cualidades del guerrillero y del patriota. El fué la expresión romántica del sentimiento de la americanidad que cantaba en los fusiles de sus bravos y que suena hoy con un metal más exacto, en la voz de los apristas. Los unos y los otros forman las dos etapas de la revolución americana. Sandino ha muerto en olor de romance. Pero por el fondo de la épica de estos pueblos pasa su estampa aborigen trotando sobre la mula de cascos ligeros, entre el viento de las guerrillas y las hojas verdes de los plátanos desflecados por el combate.

Jorge Padilla

caudillo estaba pensativo, y su cara ensombrecida por arrugas prematuras, reflejaba, con una expresión tan suya, yo no sé si una reflexión profunda o un íntimo dolor. Su vista parecía fijarse, más que en los pobres soldados que, batidos por las privaciones, pasaban por delante, en algo lejano e invisible. Sandino no tenía el aire fiero del guerrero a quien la lucha endurece el semblante y a quien el peligro y las necesarias crueldades de la guerra acucian sus nervios y dan una inexorable inflexibilidad a su mirada. Su rostro reflejaba la psicología del hombre hecho para el pensamiento y para la fantasía, de hombre espiritual convertido en cabecilla por obra de la fatalidad. No; en aquel momento, situado ante nosotros en una escena espontánea e imprevista, no era el soldado de vocación guerrera, ni siquiera quizá el hombre de acción provisto de un sistema nervioso que le impulsa a la lucha". La visión del hombre que empieza a dudar. Duda después de seis años de lucha heroica. No se ha dado cuenta de lo que ha hecho por Nicaragua. Esa duda lo revela triste. Así lo sorprende la mirada observadora del escritor devoto que llega hasta su campamento a darse cuenta de lo que ha hecho y de lo que está haciendo por libertar a un pueblo.

La tormenta vivida por Sandino tiene sus manifestaciones rápidas. Espontáneas unas veces y por esto silenciosas. Otras violentas, como la relativa al pacto de paz. Cuando ya no puede estalla. Oigamos esta otra cita: "Estábamos en el campamento—añade el General Portocarrero—discutiendo las bases posibles para la paz, cuando al día siguiente el general Sandino viene hacia mí y me dice: "Hoy me he levantado romántico y trágico. Voy a Managua a hacer la paz, y si no la hago, mi vida ha terminado". Ha llegado para el rebelde después de "una noche de insomnio agitada" su quebrantamiento total. La paz lo obsesiona y se entrega como un desgraciado a la obsesión. Ni las reflexiones ni las súplicas de sus compañeros lo convencen. A todos los hace a un lado y el que no lo sigue está contra él. La paz debe firmarse y la capitulación es la consecuencia.

Capituló Sandino a la organización que el imperialismo yanqui ha impuesto a Nicaragua y ese imperialismo por desprecio o por miedo lo ha mandado a asesinar. Crimen del imperialismo yanqui que tuvo en el rebelde al más grande de sus denunciadores y combatientes. No quiso ver Sandino que Sacasa no resuelve ningún problema de los muchos que ese imperialismo le ha creado a Nicaragua. No quiso ver que Sacasa es ejecutor de la organización impuesta por el yanqui para hacer factoría a Nicaragua. No estaban ocultos los hechos de esa complicidad. Puso en un principio, el presidente hechura de la marinería, sus esfuerzos para disimular la unión, pero nadie juzgó que sus posturas podían ser honradas. Sandino se dejó embaucar y capituló. Sacasa y Moncada fraternizan y el lazo de sumisión al imperialismo es muy claro en ellos. Del mismo libro de Belausteguigoitia es esta acusación: "Pero estos días la política presidencial parece haber tomado unos rumbos sospechosos, inclinándose servilmente del lado de las fuerzas siniestras de la política nicaragüense, con el homenaje al expresidente Moncada, en forma de una pública recepción del Presidente, que revistió caracteres de una especie de alianza de paz y de guerra". Y no obstante Sandino, el gran luchador contra el imperialismo yanqui, hizo caso a la llamada que le hacía el fariseísmo presidencial y pactó su entrega. Y entró en la red que estaba ya tendida para asesinarlo. Crimen atroz del imperialismo yanqui que tiene en vasallaje a Nicaragua.

Costa Rica, abril del 1934.

El último libro de Mario Sancho:...

(Viene de la página 200)

que difícilmente se aventura por sendas aun no andadas. No son nuestras intenciones el negar la originalidad de su obra. Solamente pretendemos establecer el hecho de que su ideología gira siempre en torno a un mundo intelectual previamente establecido en sus líneas generales. Su labor es, casi exclusivamente, una labor de interpretación. No podría aspirar a otra cosa un libro cuya naturaleza crítica está ya indicada en su mismo título. Y en verdad, "Viajes y Lecturas", no son sino eso, lo que reza la portada, notas y comentarios escritos al margen de la vida y de los libros.

Hay, sin embargo, dos artículos, los dedicados a Gómez Carrillo, que están un poco fuera de tono dentro de la concepción dominante de la obra. Son unas cuantas páginas en que la acostumbrada actitud crítica, reposada, serena, y siempre celosamente racional, de una limpidez helénica, que es tan característica del resto del libro, se torna bruscamente en un ataque, bastante violento, de una agresividad de temperamento tropical.

Es Mario Sancho, a nuestro juicio, un tanto injusto en sus conceptos expuestos en contra de Gómez Carrillo. Adolecen, sobre todo, de esa falta de tolerancia, que dentro de la relatividad de los valores estéticos, imponen los diferentes grados de las esferas artísticas. Debemos de recordar, ante todo, que Gómez Carrillo fué nada más que un periodista. Difícilmente, pues, se le puede calificar de crítico literario; como mero cronista que era, llevó a cabo, dentro de sus propias posibilidades, una labor bastante acertada y meritoria. Su obra morirá muy pronto, es cierto, si es que no ha muerto ya. Escritor del momento, de la impresión cotidiana que pasa fugaz y precipitada, nunca pudo, ni pretendió siquiera ser Gómez Carrillo, un literato de ideas o un novelista serio. Diremos aún más: dichosamente que nunca se aventurara en tal empresa, so pena de perder un prestigio literario, que jamás hubiera podido conseguir en otra rama cualquiera de la literatura. Nacido para ser lo que fué, supo sacar provecho de todas las posibilidades que le ofrecía su talento. Si tomamos en cuenta el momento y la modalidad tan especial de orientación periodística—atenta siempre a las voces que venían del lado de París—que dominaba entonces en la generalidad de la prensa de España y de América, llegaremos a comprender fácilmente que los escritos del periodista de Guatemala, vinieron a llenar oportunamente y con gran acierto, una imperiosa necesidad del confuso y variado periodismo urbano. El fué voluntarioso hacia el público, y el público fué también hacia él, con un mismo entusiasmo mutuo; el uno dispuesto a dar lo que se pedía, el otro, deseoso de tomar, sin regateos de ninguna especie, lo que anhelaba. El mismo Mario Sancho trae a cuenta en su libro, aquel certero decir de Víctor Hugo, de que "comprenderlo todo, es perdonarlo todo"; lástima que no lo tu-

viera presente en su memoria antes de lanzarse en la aventura de atacar, con tan agresiva violencia, al famoso cronista centroamericano. Tampoco nosotros sentimos admiración alguna, ni nos interesa en lo más mínimo, la obra del autor de la "Grecia Eterna"; sin embargo, nunca se nos ha ocurrido el reaccionar en contra de su divulgación. Y es que no la creemos, literariamente hablando, perniciosa a las juventudes de América en grado alguno. El entusiasmo de adolescencia que todos hemos sentido en los años primaverales por el mágico hechizo de sus cuentos de bohemia y de sus frivolidades parisinas, está fatalmente condenado a desaparecer en cuanto nuestro espíritu evolucione hacia un criterio de arte más sólido y depurado. Es una simple labor selectiva que llevará a cabo, por sí solo, el transcurso de los años. Quienes se vean condenados a conservar esa situación temprana e inicial durante toda la vida, a pesar de las experiencias del vivir y del pensar cotidianos, es que, simplemente, son incapaces de levantar su espíritu hacia un grado más avanzado de cultura y de criterio estético; en tal caso, allá ellos, que con su pan se lo coman, ya que no parecen ser capaces de hacer nada mejor. No debe de preocuparnos, pues, el tan discutido "caso" de Gómez Carrillo y que ha levantado tantas y tan infructuosas controversias. No debe de indignarnos tampoco el hecho de que este mago de los conceptos fáciles y de literatura de boulevard, amasara con sorprendente prodigalidad y por años de años, el pan cotidiano de un vasto público de los periódicos de América y de España. No es ésta, razón suficiente para lanzar en contra de su obra, las flechas despiadadas de un

estricto criterio crítico. ¿Para qué regatear el valor absoluto de estos grandes alimentadores espirituales de las vastas muchedumbres ciudadanas? No creemos nosotros que se gana nada con ello, a no ser el pecado de caer siempre dentro de una de esas interminables disputas que levantan aquellos que quieren ver en el arte, ya sea un manjar selecto de las minorías, o bien, por el contrario, una amplia actividad popular de fácil comprensión humana. Puede estar seguro Mario Sancho de que la obra de Gómez Carrillo, no tiene hoy—y hasta creemos que no la tuvo nunca—influencia alguna en nuestras juventudes, aparte de un entusiasmo primaveral y pasajero. Ya la crítica le ha dado a este prodigioso malabarista del verbo, el puesto que le corresponde en la historia del periodismo de España y de América: el de un cronista ameno, culto e inteligente, cuajado de galicismos y borracho de bohemia. Es cierto, debemos de reconocerlo desde ahora, que tal adjudicación tiene un valor estético muy escaso y relativo. La gloria de Gómez Carrillo, como escritor representativo, ha de irse apagando gradualmente, día tras día, hasta fenecer, quizá, completamente. Sin embargo, hoy por hoy, es difícil hablar de nuestro periodismo sin traer a cuenta y ciertamente no en lugar secundario—el nombre del autor de "El Japón Heroico y Galante". Admitiremos también gustosos el que este valor representativo, resulta, casi exclusivamente, de una posición "histórica", más que de un valor estético puro, bajo la influencia directa del momento y en función inmediata con los diferentes estratos de graduación intelectual. Dejemos, pues, que los años lleven a cabo su labor certera y que el recuerdo de su obra se extinga lentamente, sin ruido y sin consecuencias aparentes, como la esencia de esos perfumes lutecianos de que él gustaba tanto hablar en sus crónicas. ¿A qué lanzarnos entonces, en quijotesca cruzada, en contra de su nombre y de su obra? Antes bien, juzguémosle con esa humana tolerancia de juicio crítico que brota espontáneamente de la buena comprensión de un posible criterio popular y social del arte, ajeno a los valores estéticos absolutos.

El artículo de mayor amplitud—tanto material como espiritual—que encierra el libro, es el consagrado al "Aristocratismo de Renán". Quizá sea éste su único defecto: la excesiva amplitud de sus propósitos; demasiado vastos y enmarañados para ser expuestos en tan reducido número de páginas. Ante tal condensación sintética de un tema tan extenso, que ha sido comentado y no expuesto en sus ideas básicas y centrales, y que requiere por lo tanto, un cuidadoso cotejo de hechos y de ideas en la vida de Renán, la primera reacción del lector, es la de la duda (al menos esa ha sido la nuestra). Una duda socrática que desconfía del uso peligroso de términos muy generales, dentro de afirmaciones muy concretas. Son innumerables las preguntas que vienen a la mente cuando se da fin a su lectura. ¿Qué clase de aristocracia, por ejemplo, fué la de Renán? ¿Una aristocracia emotiva, por decirlo así, de casta, por derecho divino? (Renán que no era noble de origen, quizá pretendiera serlo por derecho natural). O bien, ¿era ésta únicamente una aristocracia de pensamiento, separada de las jerarquías políticas y sociales? O, finalmente, ¿se manifestaba acaso bajo la forma vaga e idealista de un sentimiento general y etéreo de misión superior, que inundaba todas las actividades de su intelecto y de su ser material? Nada concreto sobre esto nos dice Mario Sancho. Así, desde el punto inicial se siente el lector como en el aire, falto de un apoyo firme de ideas más concretas con qué construir su pensamiento posterior.

Aun en el caso de admitir que la aristocracia de Renán se limitara a las actividades de su pensamiento, libre de todo posible interés en los privilegios sociales y políticos, todavía cabe preguntar: ¿cuáles son sus orígenes inmediatos?: ¿razones raciales o políticas, o simplemente educativas? Mario Sancho parece inclinarse, a este respecto, hacia la temprana educación religiosa recibida por Renán en los seminarios de Saint Nicolas du Chardonnet, d'Issy y de San Sulpicio. Pero, ¿bajo qué investidura didáctica o espiritual recayó esta influencia sobre el pensamiento del gran filósofo francés? Nosotros vemos sólo dos alternativas posibles: Primero, una altivez y una dignidad jerárquica de disciplina y de política interior de organi-

zación clerical; segundo, una aspiración ideal de predestinación divina, de aristocratismo cristiano.

Veamos ahora más detenidamente estas dos alternativas. La primera, nos parece muy factible, caso de que Renán hubiera recibido su educación religiosa unas cuantas décadas antes, cuando la iglesia y las aristocracias de gobierno, traficaban senderos paralelos, acariciando los mismos ideales, íntimamente ligadas por intereses comunes. Fué este el caso de relación política que nos ofrece el "Ancien Régime" y los pocos años de la "Restauración" borbónica. Pero el caso de Renán es diferente. Renán frecuentó los seminarios en época bastante posterior, bajo Luis Felipe, cuando la iglesia no contaba ya con la ayuda y el buen entendimiento de las altas clases sociales, sino que trataba más bien de alejarse de ellas, cultivando un espíritu religioso más humano y popular, que le pudiera devolver el antiguo prestigio que había perdido dentro de las clases proletariadas. Es decir, pretendía bajar, conjuntamente con la nueva organización obrera e industrial y con cristiana humildad y arrepentimiento, hasta los rincones más ocultos que frecuentaban el dolor y la miseria. Irradia entonces, en torno al catolicismo, una aureola de democracia y de caridad, que nunca había poseído antes.

La segunda alternativa la negaremos de una manera rotunda, ya que hablar de un aristocratismo del dogma y de las prácticas católicas, es, hasta cierto punto, negar el mismo fundamento ético de nuestra religión.

El error fundamental que comete Mario Sancho está en el querer hacer del aristocratismo de Renán, un tema central y preponderante en el espíritu filosófico de su obra, algo así, como la "esencia" de los grandes temas de su pensamiento. Es, pues, sobre todo, un error de perspectiva crítica, más que un error absoluto. Se puede hablar del aristocratismo de Renán, pero eso sí, limitando previamente su esfera y su campo de acción.

No hay en el autor de "La Vie de Jésus" orientaciones constantes y bien definidas de ideas. Su obra es un enorme mosaico multicolor de una sorprendente versatilidad de pensamiento. Pocos filósofos tuvieron, como él, en tan alto grado, un concepto más humano y realista de la vida y del arte. Realista en su esencia, ya que no en su forma, plegando siempre dócilmente sus ideas a las influencias directas del momento, de las circunstancias y hasta del medio ambiente. En Renán, el hombre, con todas las ductilidades de las influencias pasionales y humanas (a pesar de su racionalismo), está antes que el filósofo. Buscar una armonía global en sus sistemas de pensamiento y en su conducta vital, es algo del todo imposible. De ahí resulta que se puede hablar con igual justeza de un Renán aristócrata, como de un Renán burgués. Para ambas tesis se podría encontrar suficiente justificación en su obra y en su vida. No exageran ni se contradicen quienes han creado todo un repertorio de Renanes: el ateo, contrapuesto al místico creyente, el pesimista y el optimista, el Renán confiante de una idealidad superior de gobierno y de pensamiento, traído luego a las realidades de la tierra por un desencantado materialismo. Sólo dos cosas pueden dar una relativa unidad a la obra del genial filósofo francés: primero, la maravillosa igualdad de su estilo, uno de los más bellos que han producido las letras francesas; luego ese "oportunismo" realista de su pensamiento, variando constantemente con el momento y con las circunstancias, revelando, ante todo, el Renán "hombre de carne y hueso", como diría don Miguel de Unamuno. Es justo hablar de un Renán aristócrata, pero de un aristócrata a ratos, cuando algún incidente de importancia en el curso de su vida, le llevaba a desconfiar de la eficacia de las democracias. Pero Renán fué también un burgués, de una burguesía muy superior, es cierto, de la típica alta burguesía francesa, que ya casi toca los linderos de la aristocracia, pero burgués al fin y al cabo. ¿Qué otra cosa es entonces, esa su porfiadora sed de individualismo liberador de toda responsabilidad social directa (a pesar de su antipragmatismo), su constante preocupación por asegurarse una relativa independencia económica y una tranquila seguridad de trabajo y de reposo hogareño en su vida privada? Renán es un vasto complejo de actitudes vitales. De allí le viene justamente esa su constante vacilación, esa lucha contradictoria de intereses inmediatos que de un lado le prometían una tranquilidad doméstica, y del otro, le imponían los sacrificios inevitables que requiere el sostenimiento de las ideologías más avanzadas. "J'étais predestiné", dice el propio Renán en sus Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse, "a étre ce que je suis, un romantique protestant contre le romantisme, un utopiste préchant en politique le terre á terre, un idéaliste se donnant beaucoup de mal pour paraitre bourgois, un tissu de contradictions. Je ne m'en plains pas, puisque cette constitution morale m'a procuré les plus vives jouissances intellectuelles qu'on puisse gouter". El mismo confesó su burguesía, un poco más tarde, en un discurso pronunciado en Quimper, el 17 de agosto de 1885: "Je ne suis pas un homme de lettres, je suis un homme du peuple; je suis l'aboutissant de longues files obscures de paysans et de marins. Je jouis de leurs économies de pensée; je suis reconnaissant á ces pauvres gens qui m'ont procuré, par leur sobrieté intellectuelle, de si vives jouisances". Ved también como Jules Lemaitre, sintetiza en unas pocas líneas esta juguetona versatilidad del espíritu de Renán: "Son Dieu tour a tour existe ou n'existe pas, est personnel ou impersonnel. L'immortalité dont il reve quelquefois est tour a tour individuelle et collective. Il croit et ne croit pas au progrés. Il ets trés chaste et il éveille assez souvent des images sensuelles. C'est un mystique et un pince-sans rire. Il a des naivetés et d'inextricables malices. Il est Breton et Gascon".

Estas son las observaciones que nos ha sugerido la lectura del artículo consagrado a Renán. Las hemos hecho, sin pretensiones de dogmatismo alguno, tan sólo por lo que pudieran valer. No obstante estas solvencias que hemos expuesto, no hemos dudado ni por un momento del alto valor literario del artículo, ya sea por las bellezas del estilo en que está escrito, como por las finas observaciones que en él se contienen. Tanto es así, que consideraríamos como incompleta cualquier bibliografía sobre la obra española dedicada a Renán, que no contuviera estas páginas.

Pasemos ahora a hablar rápidamente del artículo que sigue, el que lleva por tema una apreciación crítica de la obra de De Lollis: "Cervantes Reazionario". Es este vasto problema de la preparación renacentista de nuestro Siglo de Oro, uno de los que más preocuparon nuestro espíritu durante los años de estudio en las universidades americanas. Tendríamos bastantes observaciones que hacer al respecto, pero hemos de conformarnos aquí con muy pocas ya que no queremos abusar de la benevolencia del maestro García Monge, quien tan inmerecidamente de nuestra parte, ha estado admitiendo nuestra colaboración en su admirable **Repertorio.** No queremos, pues, disponer del precioso espacio de su revista más de lo que fuera necesario y que él podría adjudicar a plumas más doctas que la nuestra.

El proceso evolutivo del Renacimiento español hacia el espíritu nacionali-

zante de la literatura del Siglo de Oro, es un problema que aun no ha sido resuelto. Mucho se ha hecho ya; entre los nombres de eruditos que le han dedicado el esfuerzo de su labor crítica, citaremos al azar, los de Toffanin, De Lollis, Américo Castro, Bell, Montesinos, Bataillon, todos autores de obras bastante recientes. Sin embargo, aun no se ha dicho nada definitivo sobre el asunto. Hasta ahora se comienzan a localizar los hilos orientadores de pensamiento, falta todavía tejer al tela. De ahí proviene justamente esa desconcertante oposición de criterios, que es el tema característico de toda esta literatura. La reacción que ha de iniciarse pronto, ha de tender, necesariamente, hacia un eclecticismo conciliador. Por eso estimamos muy justa la actitud crítica tomada por Mario Sancho ante el libro de De Lollis: la de dudar de la tesis un tanto extremista de la obra.

En nuestra manera de pensar, la idea básica que nunca se ha de perder de vista al juzgar la constitución ética y estética de nuestro Siglo de Oro, es la de la enorme resistencia opuesta por el tradicional realismo español de la Edad Media, a la avalancha renacentitsa. En España, esta corriente de reacción solariega, es especialmente acentuada y fuerte. Por eso, nuestro Renacimiento es un Renacimiento "sui generis", de una conformación tan peculiar, que aun hay quienes dudan de que la literatura castellana, sufriera su influencia. Recientemente, un pedante profesor alemán se ha permitido escribir un libro sobre "España, el país sin Renacimiento". y otro, no menos insolente, se hacía la siguiente pregunta: "¿Existe un Renacimiento Español?

España, al entrar en la era moderna de su arte, abandonó mucho menos cantidad de sustancia estética medioeval, que la renunciada por otras naciones europeas, Italia y Francia, por ejemplo. Los escritores españoles de fines del siglo XV y de la primera mitad del XVI, no ejercieron sobre los destinos de nuestra literatura, la misma influencia radicalmente renovadora y negativa que ejercieron los franceses: Rabelais (con la notable excepción de su "esprit gaulois"). Montaigne, Marot, Ronsard y la "La Pléiade". La época de Francisco I y de Enrique II, fueron decisivas en la futura orientación artística de Francia, radicalmente decisivas; se hace entonces tabla rasa de todo lo que sea tradición medioeval. La reacción de Malherbe, no puede nunca ser comparada con la reacción realista y católica (bajo la sombra de Trento) que España opuso a la influencia renacentista. De Malherbe brota una doctrina racional de arte clásico: los fundamentos del siglo de Luis XIV. Del Siglo de Oro español, por el contrario, sale una literatura nacionalista y nacionalizante al mismo tiempo, más emotiva que racional, buscando sus fuentes, ya no en las disciplinas del arte clásico, sino más bien en la vida y en las tradiciones patrias, en la observación y en la comprensión directa de su ambiente; todo esto se tiñe, a su vez, de un fuerte matiz de elementos medioevales. Toda la materia prima que nos legara el Renacimiento, adquiere de esta manera un sabor solariego, genuinamente español. Localizar influencias y relaciones espirituales ejercidas por el Renacimiento (con su crisis religiosa en su doble aspecto positivo y negativo de Reforma y Contra-Reforma) en la vida y en el arte españoles, es una empresa casi imposible. Todas están por todas partes, íntimamente ligadas con el sentimiento popular, formando un todo, abigarrado y armónico, de elementos y de características raciales. Jamás nación alguna logró borrar con tanta eficacia, los límites de las ideologías individuales traídas del extranjero, al fundirlas con las nacionales. Por eso es indispensable al abordar el "problema" de nuestro Renacimiento, el adoptar, además de un estudio formal e independiente de las grandes corrientes de la Europa renacentista, una perspectiva de investigación un tanto popular de menuda actividad social, realista y callejera.

Y hemos de poner punto final aquí a estas líneas, después de haber abusado de la atención del lector. Mas antes, queremos felicitar sinceramente a Mario Sancho por el triunfo alcanzado con su libro. El triunfo no es sólo suyo, lo es también de todos los costarricenses, es un triunfo de la patria. Libros como "Viajes y Lecturas" llevan una aureola de prestigio en torno de nuestra vida intelectual. Quiera Dios que cada año venidero—que deseamos sean muchos—nos sorprenda su autor con el precioso regalo de un nuevo volumen.

Enrique Macaya Lahmann

Alajuela, 14 de marzo de 1934.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El Dr. Gregorio Marañón se dirige a los estudiantes

"Hay que aceptar, les dice, una disciplina"

(Del discurso en la Asociación de Estudios Médicobiológicos)

= De *El Sol*. Madrid. =

Cuando yo era estudiante, nadie se ocupó de decirnos a los que entonces nos sentábamos en esos bancos que ahora ocupáis vosotros, y que otras generaciones esperan ver libres para ocuparlos a su vez, estas advertencias del deber universitario que reiteradamente estáis escuchando vosotros los estudiantes de ahora. Importa consignarlo así para que no toméis nuestras palabras por la canción eterna de la seriedad que invariablemente entonan ante las gentes jóvenes los que se ven forzados a la circunspección y a la disciplina por la pérdida de los impulsos físicos que empujan en vuestra edad hacia una fecunda rebeldía. No. Nosotros no os repetimos los mismos consejos que escucháramos en nuestra época estudiantil, porque nadie nos los dió. Cuando pensamos en nuestros maestros nos inclinamos ante su memoria llenos de gratitud y de admiración, porque ahora vemos que aun los que parecían mediocres sabían muchas cosas y sabían enseñarlas, y todos dejaron una semilla en el surco que el espontáneo afán de saber abría en nuestro espíritu. Pero si fuéramos capaces de pedir cuentas a su memoria se las pediríamos, no por la economía de su ciencia, sino porque no nos enseñaron, salvo alguna rara excepción, que hay, al margen de la ciencia misma, una sabiduría de la conducta, sin la cual la otra, la de saber las cosas, es mera información sin sentido verdadero, y en suma, sabiduría a medias.

Por eso, si nosotros hemos pecado en la conducta tenemos la disculpa de que nuestro deber de hombres, mil veces superior, en rigurosa trascendencia, al deber profesional y científico, tuvimos que aprenderlo por nosotros mismos a trancas y barrancas con la realidad, que nos ofrece siempre la misma lección a los que la viven sin tacto; primero nos per-

mite ser injustos con los demás sin remordimiento, y después, invariablemente, la injusticia nos es devuelta con creces sobre nuestras propias costillas. Así, pues, no siendo justos con los otros y teniendo luego que soportar la falta de justicia del ambiente, hemos ido conociendo y sabiendo que adoptar una vida profesional, cursar en las aulas universitarias, tener un título y utilizarlo, no es una mera cuestión de técnica y de conocimientos, sino un compromiso sagrado con algo que está muy lejos de nuestra propia conveniencia, a saber, con los grandes valores que mantienen y empujan el progreso humano: la justicia, la ciencia, la fraternidad universal y el decoro de nuestro país, del cual somos, en parte grande o minúscula, responsables y depositarios.

Antes de esta dolorosa y larga autolección nada sabíamos de tales deberes. ¿Cómo íbamos a cumplirlos? Pero vosotros no podéis alegar la misma ignorancia porque os los estamos encareciendo cada día, a riesgo de cometer el feo pecado de la impertinencia. Estamos en momentos solemnes de la historia del mundo, en una de esas crisis que sólo a determinados fragmentos de la humanidad, eternamente en marcha, les es dado contemplar y convivir. Y este augurio trascendental que todos los hombres han hecho alguna vez en todas las épocas de la Historia es ahora seguramente cierto, porque el mundo nos ofrece las señales infalibles de sus épocas críticas: el hambre física, la ruptura de las normas morales y la falta de rumbo político. Cuando estos síntomas asoman a la superficie de las sociedades es que dentro se está desarticulando una pieza vital de su mecanismo, y los hombres entonces tenemos pleno derecho a adoptar medidas heroicas.

Y estas medidas heroicas se reducen a una sola, fundamental, de donde brotan todas las demás: a aceptar una disciplina. El hombre no ha inventado, ni inventará nunca, un remedio distinto de éste en los trances de apuro personal o colectivo. Nuestro impulso, nuestra voluntad, nuestra alma humanas propenden a derramarse en el desorden para progresar, y todo progreso se funda en romper el ritmo ordenado de la vida primitiva. Si el pájaro es superior al infusorio es porque tiene una capacidad infinita para trocar el movimiento rítmico de los flagelos de éste por el desorden admirable de sus alas, y si el hombre es el rey de todos los seres vivos es porque los supera a todos en posibilidades de alterar el orden de las leyes naturales. Pero este mecanismo del progreso es tan delicado, que se convierte pronto en una enfermedad y amenaza con matar a los hombres que son todavía pobres niños, a los que armas eficaces se les disparan entre las manos.

Y acabarían muriendo envenenados por esta inflamación del instinto de la libertad si no surgiera automáticamente el antídoto específico que es la disciplina, es decir, la vuelta al ritmo primitivo y ordenado, en el que el progreso momentáneamente se detiene, pero en el que se neutraliza el desorden y se incuba el progreso futuro.

Basta lanzar una hojeada al mundo para convencerse de que ha llegado para todos la hora de esa disciplina necesaria y salvadora que debe empezar a cuajarse precisamente entre nosotros, vosotros y nosotros los estudiantes y los que llamáis maestros, estudiantes también, con algunas cosas menos que aprender, pero con menos tiempo ya para aprender las que ignoramos. Al hombre de la calle, enconado por la injusticia inevitable de la vida, le es siempre difícil dar el ejemplo de la comprensión. Y también al político, cuya eficacia se alimenta, como los motores en las presas, de la pasión contenida y despeñada. El ejemplo ha de salir de nosotros, cuyo ideal común, la ciencia, da sombra bastante para acoger a todas las diferencias en la actitud política, a todos los matices confesionales y a todos los escalones de la jerarquía social.

Y no me digáis que estas palabras son incongruentes en el acto de hoy, dedicado a la inauguración de una Academia Médicobiológica. Porque si quisiéramos designar con una sola palabra lo que esta Asociación significa, esa palabra no podía ser otra que disciplina.

Una reunión de hombres que trabajan por la ciencia quiere decir empuje voluntario por la creación desinteresada de la verdad; creación de deberes nuevos, los más altos, los que nadie nos impone; fusión bajo un solo signo de gentes que pertenecen a bandos distintos y a los continentes que están separados por el mar, y sobre todo ello, generosidad para hacer frente con un gesto de amor al trabajo y a la verdad, a la ola de escepticismo, de desolación y de deportismo criminal que rodea a las nuevas generaciones, y digo deportismo criminal porque el cultivo del esfuerzo físico sin un fin creador, que es el deporte, si no tiene su contrapeso de austeridad y desprendimiento morales, degenera fácilmente en barbarie, y se empieza boxeando o dando patadas a un balón para acabar cazando a tiros a los del bando contrario, sin pensar que son también nuestros hermanos, aunque se vistan con una chaquetilla o una camisa de color diferente. Y en el caso menos grave, para cometer esa monstruosidad de los que trabajan para aprender, que es declararse en huelga.

En suma repitámoslo: disciplina. Disciplina, en nuestro idioma magnífico, significa estas tres cosas: una rama de la ciencia o del arte, el acatamiento a las normas de la ley y un instrumento con el que el hombre se azota voluntariamente para buscar en el dolor su camino recto. Y cuando nosotros pedimos a los estudiantes y nos pedimos a nosotros mismos disciplina es eso precisamente, todo eso, lo que queremos decir.

Una vocación desinteresada, generosa, religiosa casi, por la ciencia, a la que nos hemos consagrado.

Un respeto a las leyes eternas de la eterna moral y una resignación, si no estamos conformes, ante las leyes circunstanciales de los hombres.

Y una voluntad heroica para aceptar el dolor colectivo, inevitable, y aun si fuera preciso, para crearlo, porque sólo en este crisol se forjan las más altas cualidades humanas.

G. Marañón

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras.

La última novela de Pío Baroja y primera de la nueva serie "La juventud perdida":

Las noches del Buen Retiro. Espasa-Calpe, S. A. Madrid. 1934.

Después de la refriega con los sindicalistas:

Tuvimos también la visita del señor obispo. El obispo, con la mitra en la cabeza, se puso a perorar con furia desde el altar ensalzando a los guardias porque pelearon por el rey, por la patria, por la familia: por todo lo que le aseguraba a él un buen sueldo y un buen palacio en nombre de Cristo, que, al parecer, no tenía ni sueldo ni palacio.

(Salida de Pío Baroja en la página 149 de *La familia de Errotacho*, novela. Edición de Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1932).

Ediciones recientes de Espasa-Calpe, S. A. Madrid.

En la "Colección de actualidades pedagógicas":

Juan Piaget: *La representación del mundo en el niño.* Traducción de Vicente Valls y Anglés.

Juan Piaget *La causalidad física en el niño.* Prólogo y traducción de Juan Comas.

Roberto Dotrens y Emilia Margairaz: *El aprendizaje de la lectura por el método global.* Traducción del francés por Vicente Valls Anglés.

En la preciosa "Colección Universal":

E. Chirikov: *El Payaso Rojo.* Novela. Traducción del original ruso por Félix Díez Mateo.

Honorato de Balzac: *Los pequeños burgueses.* Novela. Traducción de Lino Novás Calvo.

Stendhal: *Victoria Accoramboni, Duquesa de Bracciano.* Novela. Traducción del francés por Concha Méndez de Altolaguirre.

Prospero Merimée: *Teatro de Clara Gazul.* Seguido de *La familia de Carvajal.* En tres tomos. Traducción del francés por Luis Cernuda.

En la serie "Vidas españolas e hispanoamericanos del siglo XIX":

César Silió: *Vida y empresa de un gran español: Maura.*

En la serie "Hechos sociales":

William Faulkner: *Santuario.* Novela. Traducción del inglés por Lino Novás Calvo. Prólogo de Antonio Marichalar.

En la serie "Vidas extraordinarias":

Clennell Wilkinson: *Nelson.* Traducida del inglés Por Felipe Villaverde.

Otras ediciones de Espasa-Calpe, S. A. Madrid:

Benjamín Jarnés: *El profesor inútil.* Nueva edición.

Antonio Bernárdez: *Enrique Cornelio Agripa*, Filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V. Traducción al castellano de la *Historia de la doble coronación del Emperador en Bolonia*, escrita en latín.

Conde de Keyserling: *La vida íntima.* (Ensayos proximistas). Versión castellana de Luis López Ballesteros.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Lunatcharsky y "Don Quijote"

= De *Revista de Revistas*. México, D. F. =

Por otra de esas inexplicables omisiones de las agencias cablegráficas, ha sido hasta leerla en la prensa europea llegada últimamente, cuando hemos conocido la noticia de la muerte del "camarada" Lunatcharsky, una de las figuras más relevantes del régimen soviético y cuya obra como Comisario de Instrucción Pública levantó un coro de admiración en todos los centros intelectuales del mundo, por las vigorosas orientaciones de difusión popular que dió a las letras y a las artes, haciendo que no hubiese un solo rincón del enorme territorio de la nación rusa, que no recibiera el bienhechor influjo de su campaña cultural, en pro de la masa obrera y campesina.

Para lograrlo, desde que se instauró—en la histórica revolución de octubre—el gobierno bolsheviqui, Lunatcharsky puso manos a su gran ensueño de redención del pueblo por medio del cultivo intelectual. Y del caos en que se precipitó el imperio zarista, fué haciendo surgir su obra educacional, hasta alcanzar la admiración de propios y extraños. Multiplicó en progresión geométrica las escuelas rurales y luego comenzó a irradiar su obra docente fuera de los clásicos banquillos de clase, poniendo en juego procedimientos no empleados antes por ningún otro país.

Estableció, desde luego, el periódico mural, para que mediante pintorescas y atractivas alegorías despertara el interés de los viandantes. Y así los obreros, al salir de la fábrica, podían sin ningún gasto ni pérdida mayor de tiempo, enterarse de la actualidad pública. Luego inauguró los famosos ferrocarriles bibliotecas, que llevando un selecto cargamento de libros iban de pueblo en pueblo, deteniéndose en cada lugar de acuerdo con la importancia de la población, cuyos habitantes recibían a la vez una serie de conferencias sobre los más ilustres autores de todos los tiempos. Después fueron los museos ambulantes, formados con los cuadros de los más grandes pintores que se conservaban en el famoso Museo de L'Ermitage, de San Petersburgo, los que comenzaron a recorrer ciudades y aldeas, también con el complemento de conferencistas especializados.

A la propaganda del libro y el cuadro, siguió la del escenario y la pantalla. Compañías teatrales y equipos fílmicos fueron destacados por toda la Rusia Soviética. Terminadas las tareas en el campo o en el taller, se brindaba a los trabajadores el remanso espiritual de las representaciones histriónicas o de las proyecciones peliculeras. Y como Lunatcharsky fué toda su vida un apasionado admirador de "El Quijote", hizo que tanto en el tablado de la farsa como en el cuadrilátero de la pantalla



Lunatcharsky
(Ultimo retrato, por *Bor. Espinow*)

apareciera, como un símbolo de los ideales redentoristas de la humanidad, el inmortal Caballero de la Mancha.

Para remate de su estupenda obra cultural echó mano del radio, instalando en todos los poblados los aparatos necesarios para que pudieran escuchar los cursos y conciertos transmitidos desde Moscú, por el personal a sus órdenes. Claro que en toda esta campaña de difusión intelectual, se hacía una intensa propaganda de la doctrina soviética, pero, por encima de ella, quedaba la elevación del nivel mental de la multitud, como finalidad suprema y trascendente de la magna obra realizada por el Comisario de Instrucción Pública.

Doce años duró este apostólico esfuerzo de Lunatcharsky, de 1917 a 1929, en que hubo de retirarse de su alto puesto por habérsele designado como uno de los Delegados del Soviet para asistir a las Conferencias Internacionales de Ginebra y París, cuando Rusia volvió a tomar parte en las deliberaciones del Desarme. Y ya no regresó a Moscú, por haberlo hecho su víctima la Parca el 28 de diciembre próximo pasado, en la ciudad francesa de Mentón, la misma donde murió el novelista Blasco Ibáñez, de quien era gran amigo y admirador.

Fervoroso cervantista, no se conformó el escritor ruso con el deleite de la sola lectura del gran libro del Ingenioso Hidalgo, sino que impulsado por su entusiasmo literario, hizo una adaptación teatral titulándose "Don Quijote, Libertado", que fué estrenada con rotundo éxito en Moscú y en Berlín. Cuanto escritor hispano de nota llegó de visita a Rusia, fué gentilmente recibido por el Comisario de Instrucción Pública, quien, conocedor profundo de la literatura castellana, gozaba sobremanera charlando acerca de Lope y Calderón, de la Alhambra y Toledo. Pero la ilusión de su vida, que era conocer España, no logró cristalizarla nunca. Acababa de ser nada menos que nombrado Primer Embajador de su patria ante el Presidente Alcalá Zamora, cuando lo sorprendió la muerte.

La fábula teatral inspirada a Lunatcharsky por la novela del Manco de Lepanto, está hecha para impresionar a las masas y tiene la tendencia de defender la política de violencia que comenzó usando el bolshevismo. He aquí, en síntesis, su argumento: La acción se desarrolla en la España del siglo XVI siendo su protagonista un Duque de ascendencia italiana y con la psicología característica de los personajes de la época en que privó el Aretino. Mientras su castillo es sede de orgías y corrupciones cortesanas, el pueblo se debate agobiado por la miseria y la injusticia. Los soldados del Duque tratan de encarcelar a tres hombres humildes y, entonces aparece Don Quijote como protector de los oprimidos. Logra libertarlos, pero el noble señor arde en ira y lo manda a la prisión, de donde, a su vez, lo sacan los tres agradecidos individuos que él antes había salvado y los cuales se han lanzado a la revolución como caudillos del pueblo, logrando derrocar al crapuloso Duque. Y entonces Don Quijote, dejándose llevar de sus humanitarios sentimientos, frustra el triunfante movimiento por haber ordenado se diera libertad a uno de los más peligrosos esbirros de la monarquía. Se desarrolla la contrarrevolución y vienen la anarquía y la miseria como consecuencias de la ilusa generosidad de don Quijote. Los jefes libertarios, convencidos de que los idealismos del Hidalgo Manchego son un obstáculo para la conquista de la causa popular, deciden desterrarlo hasta que se encuentre perfectamente cimentado el régimen democrático. Y al darles el abrazo de despedida, el Caballero de la Triste Figura comprende, con profunda melancolía, que su bondad de iluminado no es para las luchas de los hombres.

Diremos, para concluir, que el cadáver del ilustre literato ruso fué llevado a Moscú desde Francia, rindiéndosele, al ser sepultado en los muros del Kremlin, en la Plaza Roja donde está el catafalco de Lenín, los máximos honores militares, presidiendo el duelo Stalín y haciendo el elogio del desaparecido, a nombre de los Comisarios del Pueblo, el Secretario del "Politburo", Molotov. Anatolio Vasilovitch Lunatcharsky era de familia noble, pero desde muy joven se independizó de los suyos y se afilió entre los enemigos del zarismo, teniendo que emigrar en compañía de Lenín, con quien anduvo por Europa hasta que regresaron, en 1917, para derrocar a Nicolás II. Publicó varios libros y estudios de arte y sobre su escritorio dejó, al morir, el prólogo que van a llevar las obras completas de Marcel Proust, que editará este año el gobierno soviético.

Roberto Núñez y Domínguez

Imprenta «LA TRIBUNA»